

La Ilustración Artística

Año XXIII

← BARCELONA 12 DE DICIEMBRE DE 1904 →

Núm. 1.198



Guerra ruso-japonesa.—El mariscal Oyama, generalísimo de las fuerzas japonesas de la Mandchuria en Liao-Yang

(De fotografía de «Colliers Weeckly»)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por F. Pardo Bazán. — *Don Canuto*, por Alejandro Larrubiera. — *Un pleito ruidoso*. (Tradición filipina), por José Toral. — *El poema del año*. Diciembre, por Alfonso Pérez Nieva. — *República Argentina*. Inauguración de las obras del futuro puerto de Santa Fe. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La dicha de Flo*, cuento original de Tony d'Ulmes, con ilustraciones de Enrique Goussé. — *La curación de la tuberculosis al aire libre*, por un ex físico. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.— *Guerra ruso-japonesa*. *El mariscal Oyama*. — *Curiosa fotografía de una bahía japonesa*. — *Un asalto desesperado de los japoneses en Puerto Arthur*, dibujo de F. de Haenen. — *Misa de campaña celebrada en Mukden*. — El mayor general *Kondrachenko*. — El coronel de artillería *Zarintshkovsky*. — El general *Rashitelinsky*. — El mayor general *Fock*. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Don Canuto*. — *Canto a Lartaun*, escultura de D. Quintín de la Torre. — *El poema del año*. Diciembre, dibujo de Giacomelli. — *República Argentina*. Inauguración de las obras del futuro puerto de Santa Fe. — *Medalla conmemorativa de dicha inauguración*. — *Medallas conmemorativas de la colocación de piedras fundamentales del Arsenal del Campo de los Granaderos y de los cuarteles de Inválidos y de Infantería*. — *La Purísima Concepción*, estatua de plata. — *El sanatorio modelo para tuberculosos de Nodrach-on-Dee (Escocia)*. — *Receptáculo para los espulsores y termómetro*. — *Un dormitorio*. — *Polvo desprendido de las alas de una mariposa*. — *Bacilo de la tuberculosis*. — *Carga agradable*, cuadro de Andrés Solá y Vidal.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Pa mí que nieva..., debieron decirse los madrileños cuando, al despertar, sintieron, aun entre sábanas, la peculiarísima impresión de encogimiento aterido que la nevada produce; ese entumecimiento sordo que yo llamaría «la muerte blanca.»

En Madrid, a pesar de lo duro de su clima continental, nieva poco. Más frecuentes son los temporales de granizo. Transcurren largos años sin que visitan sudario las calles y la gente resbale en las aceras. No debemos extrañar que no se tenga aquí todo preparado, como si estuviésemos en Moscovia ó en Cristianía.

La prensa y el vecindario se han indignado porque no había barrenderos, ni mangueros, ni braceros suficientes para limpiar con diligencia las vías públicas cubiertas por la nieve alta y compacta. Cada cual lamentó la interrupción de sus quehaceres ó de sus recreos diarios. Madrid se transformó, bajo la vara mágica del hada blanca, en uno de esos soñolientos y amodorrados pueblos de provincia, en los cuales cada uno se refugia en su casa y Dios en la de todos. Mudo, arropado en la sábana glacial que tendió sobre él la naturaleza, la ciudad adquirió aspecto triste, fué como persona bulliciosa que enferma y calla. Los tranvías, por donde circula el Madrid laborioso, se quedaron en sus cocheros; los simones y carruajes de lujo no engancharon; los obreros no salieron a su labor... Y la colmena madrileña se recogió al colmenar, y abejas y zánganos tiritaron igualmente, con las alas plegadas y mustias...

La nieve, creedme a mí, la nieve, cuando no es cristiana, tiernamente mística—cuando no despierta reminiscencias de portalitos de Belén y niños con aureola, temblando sobre unas pajas,—la nieve es socialista. Porque nunca como en días de nevada se aprecian, de alto relieve, las diferencias capitales que establece entre los hombres, hermanos según la ley de Dios, el hecho vulgar de tener ó no tener dinero.

Para el rico, sencillamente para el acomodado, la nevada, aunque deshaga planes y entorpezca asuntos, reviste, en estos países donde tan poco abunda, carácter ameno y original. Es un extra, un cambio de decoración, un «efecto» de paisaje, que sorprende la vista y da ocasión de deportes, porque se acude al Retiro a contemplar blancos los estanques, blancos los macizos, polarmente blancos los árboles, y a reír con los resbalones de algún inadvertido, que corre peligro de sentarse de lleno en la blancura...

«¡Qué bonito!» Es la primer exclamación de los que se asoman a una ventana resguardada por cortinas confortables en una sala donde arde una estufa constante y alegre, y ven tejados y chimeneas, balcones, aceras, arroyo, envueltos en espléndido candor. Del cielo descienden pausados, gentiles, inmaculados como vellón de cordero recental, los copos, que acolchan el aire y producen una sensación de suavidad y seguridad, un goce mayor añadido a los goces ya tan refinados de la existencia decorosa, con todas las necesidades previstas y cubiertas... Dentro, hace calorito blando; la mesa está prevenida; los criados, dispuestos a servir la sana sopa; el asado, jugoso; el helado, hecho—para mayor gusto—con la nieve recogida en los balcones, nieve limpia, clara, apretada y deliciosa... Sobre el mantel, flores frescas, vivaces plantas, hablan de primavera en medio del nevarrón... El día se ha obscurecido, pero dentro del comedor

arde la luz eléctrica, y todo ríe, todo halaga. No se podrá salir; no se podrá ir a escuchar la música de Lohengrin ó de Fausto, pero están al alcance de la mano los libros, el piano abierto, y en el dormitorio, el edredón tibio, de plumón ligero, promete las regaldas dulzuras del sueño en paz. Y, con una especie de resignación satisfecha, la que se adopta en el campo para conformarse a pasar encerrado un día de lluvia, el rico se dice: «Unos horas de recogimiento, de epicureísmo, de amarrar la barca al muelle del puerto, y dejarla que se columpie sosegadamente...»

Entre tanto, el pobre no se conforma con ver la la nieve en el Retiro, ni con mirarla caer tras de los diminutos cristales de su buhardilla... Para el pobre—aunque parezca paradoja—hay una nevada propia, una nevada pobre también. La nieve de los pobres no es la que baja poéticamente en cardados copos, y se deposita con tal gracia en cornisamentos de edificios ó en ramas de coníferas, sino la que, negruzca y pisoteada, envuelta en fango y en residuos de la calle, se adhiere a las botas ó forma pellones de dudoso olor bajo las manos escultoras de la golfería. Esa es la nieve humilde, la nieve callejera, la nieve de los menesterosos, que sólo representa paro del trabajo, frío sin carbón, cocina sin puchero, y todo el séquito de privaciones y de apuros que la terrible entrada del invierno acarrea a los pobres. La nieve no les trae la sonrisa de lo inesperado y divertido, sino el ceño adusto de la necesidad más apremiante.

Y sin embargo, el pueblo ha tenido, como siempre, su provisión de filosofía, su gasto de buen humor, su espartana aceptación del contratiempo. Se ha reído de las caídas, se ha apedreado con bolas de nieve, ha formado enormes pellas, se ha consagrado a rodarlas (deporte de Sísifo), y ha asistido, como a espectáculo curioso, a los esfuerzos de barrenderos y mangueros para despejar un poco las calles. Estas, en realidad, de día no se vieron tan solitarias; transitó por ellas, cuando la nieve apretaba más y más, bastante gente, bultos informes, multitud guarecida bajo enormes paraguas, calzada con botazas gruesas, con siluetas de capuchinos los hombres bajo sus recios impermeables, con siluetas de brujas las mujeres entre el rebujo de sus mantones y toquillas. Este gentío cruzaba el arroyo por vereditas abiertas en la densa alfombra de nieve, ó pisaba las losas de la acera con precaución, á brincos, por evitar los resbalones probables. Los perros, evidentemente indignados y arrecidos, seguían a sus amos de mala gana. Los borriquillos de los traperos alzaban y bajaban con miedo sus pobres patas rígidas, temblorosas. Y los caballos de los coches de punto—mientras circularon—avanzaban tan precavidamente como un danzarín novato que arriesga los primeros pasos de un minué.

De las esculturas de nieve se ha hablado mucho, y son la nota curiosa de estos días en que la meteorología se destaca entre las preocupaciones de la villa y corte.

Estas efímeras esculturas parecen revelar que la política interesa preferentemente á este pueblo, y que la caricatura de ministros y diputados, alternando con la de Don Tancredo, es el tema favorito, lo que danza en las imaginaciones: se satisface así, con nieve, la intención satírica, el desahogo político, y, como los conflictos y las luchas políticas, las estatuas de nieve viven un día no más...

La nevada ha paralizado los ferrocarriles, ha cortado las comunicaciones, ha extendido sus lienzos blancos por toda la Península. Y mientras suenan las largas horas de la noche, y retiene la voz del reloj—que los tranvías no apagan porque no circulan,—pienso en los trenes detenidos en alguna silenciosa y luenga estepa castellana entre la obscuridad, antes de que la luz del amanecer se haga lívida reflejándose en la nieve sepulcral, antes que el frío más cortante de la madrugada estrechez a los viajeros, antes de que la claridad descubra la fatiga de los rostros, la hinchazón de los párpados, la ansiedad de las fisonomías...

Un tren parado entre la nieve, es de las situaciones más melancólicas que se pueden concebir. No se sabe cuándo cesará la detención, ni cuándo se podrá tomar alimento, es la sensación completa de abandono y naufragio. Pero si en los países septentrionales los trenes se paraban cada vez que caen grandes nevadas, ¿qué sería de esos países? En Suecia, en Noruega, en Dinamarca, los trenes marchan aunque tapice el suelo una vara de nieve. ¿Cómo hacen? ¿Qué arte se dan? Y me entra una curiosidad vivísima de trasladarme á esas tierras, donde la nie-

ve y el hielo duran medio año ó nueve meses y no se nota; donde el hombre lucha con el clima, con los elementos, y sale victorioso.

Aquí, trenes, telégrafo, teléfono, son las primeras víctimas de cuanto sucede de tejas arriba. El teléfono, sobre todo, viene á ser una cosa ilusoria, un eventual medio de comunicación, inseguro y cortado á cada instante.

Vive de milagro el teléfono, el cruce de sus hilos con los cables del tranvía ha llegado á constituir uno de los más serios peligros de la vida madrileña. Derrocados por el temporal, hilos y cables forman en el suelo una red de muerte, entrecruzada é inextricable. ¿Por qué no van los hilos de tranvías y teléfonos bajo tierra, como en otras ciudades? ¿Por qué se ha armado en el aire ese dédalo, esa maraña? Tal vez por precipitación; tal vez por ignorancia; tal vez por economía. A la larga, sin embargo, debe de salirles más caro á las empresas lo aéreo de la red. Porque aun cuando, con el teléfono inutilizable, los bondadosos abonados seguimos pagando como unos santos los días que le place á la Compañía que tarde en componerse, la verdad es que las recomposturas no dejan de ser muchas, y cada temporal de nieve representa dispendios de miles de pesetas.

Buen chasco el de los que se hayan abonado á las audiciones, bastante caras, de ópera á domicilio. Es un género de placer por el cual yo de mí sé decir que no daría un *perro gordo*. Porque la voz, no cabe duda, la alteran y enturbian todos estos aparatos de acústica á distancia, y más cuando—como sucede en la ópera—la voz no es emitida en la misma boca del aparato. No me causan la impresión de las voces hermosas, poderosas, afinadas (impresión tal vez la más fuerte entre las estéticas) los fonógrafos, los gramófonos, los teléfonos. Pero cuando las audiciones de ópera tienen abonados, será que no todo el mundo siente como yo, y que muchos señores comodones, desde su butaca, al lado de la estufa, se refocilan en suponer que traen á su casa el Real.

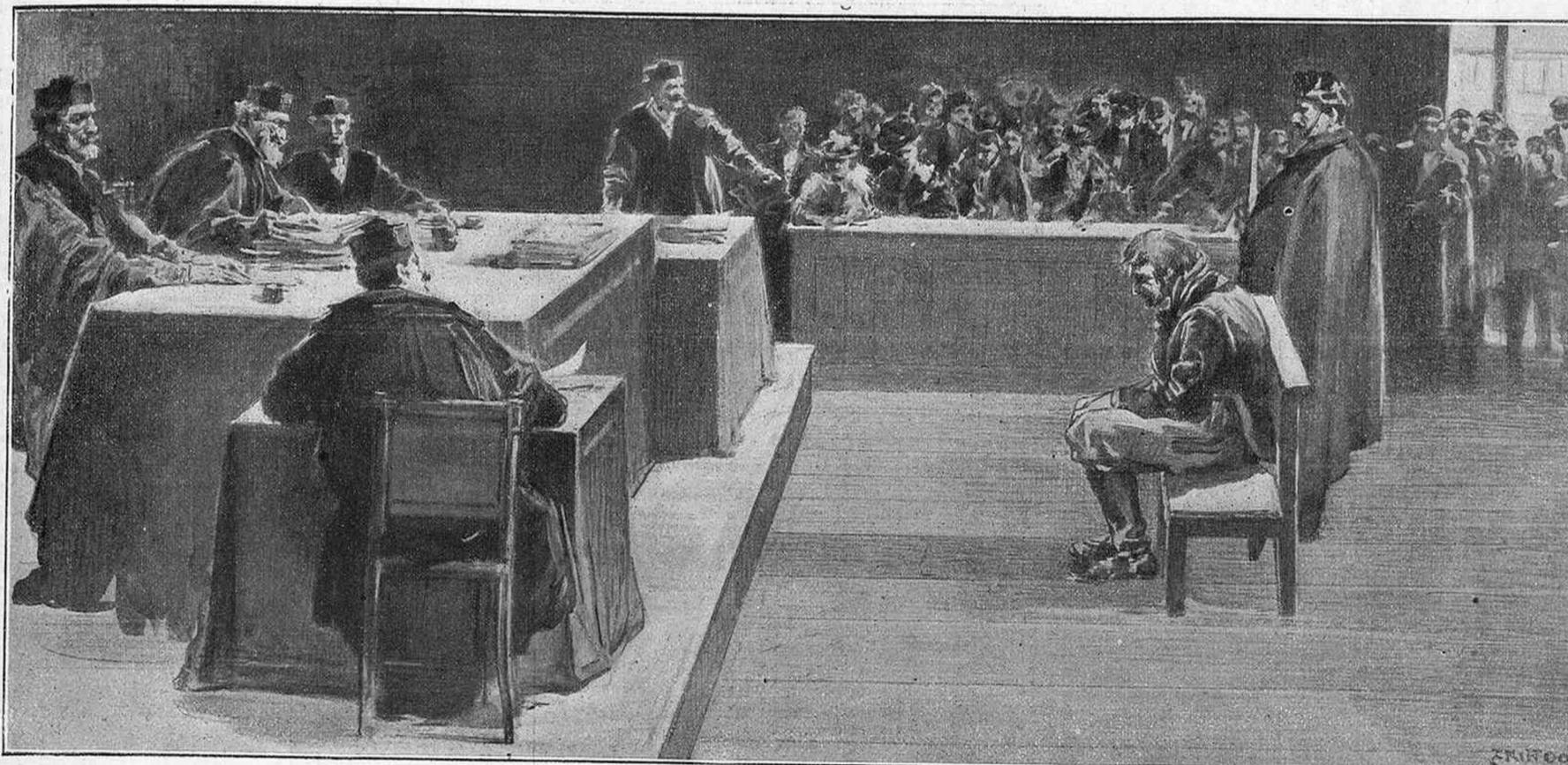
Quizás estos abonados filarmónicos obedezcan al que pudiéramos llamar espíritu familiar de Madrid en invierno, á la fuerza que gravita sobre las costumbres, las actividades, las determinaciones, las relaciones sociales... Este numen ó geniecillo es... el miedo al catarro, con su séquito temeroso de pulmonía y pleuresía.

Políticos y cantantes, damas y verduleras, el profesor que va á dar su clase al colegio y la modistilla que va á entregar obra..., á todos les veréis, en esta estación, hacer el mismo precavido movimiento de taparse la boca, cuando salen de un sitio caliente á la cortante atmósfera de la calle, y á todos les notaréis en la cara el mismo gesto de preocupación, la misma idea grave y obscura: «¿Si estaré respirando la muerte?» El catarro, el sencillo y tonto «enfriamiento» es ya una de las plagas de la vida madrileña. Sus víctimas son mártires, y, para mayor dolor, mártires ridículos. Sólo risa producen los síntomas de tal indisposición, los ojos lagrimosos, la nariz tumefacta, la garganta obsturida, la voz ronca, los huesos penetrados de frío sutil, la cabeza aturdida, el cuerpo estremecido... Y el paciente, por estética, más aún que por precaución, tiene que bloquearse en su casa, no presentarse ante los amigos, cuyo papel, naturalmente, es burlarse de estos padecimientos cómicos.

Hay clases sociales más acometidas de catarro; el catarro, para los hombres políticos de fuste, expuestos á recomendaciones, interviews y otras incumbencias, aparece una excusa tan cómoda y abonada como la jaqueca para las señoras. Un buen catarro saca de mil compromisos. ¿Que les invitan á una reunión adonde no les reporta ninguna ventaja asistir? Catarro. ¿Que les piden una entrevista difícil? Romadizo. ¿Que no les conviene recibir á cierta gente ó asistir á determinada sesión? Coriza. Pero que llegue una de esas ocasiones en que no renuncian á asistir á determinada ceremonia, porque se interesa la vanidad, el orgullo, la conveniencia; que se trate, por ejemplo, de ir á jurar á Palacio el cargo de ministro..., y veréis cómo, sin pastillas ni jarabes, el romadizo, la coriza, la perrera, la gripe, la tos, todos los alifafes desaparecen ó al menos se alivian por ensalmo.

Yo creo que los catarros son uno de los resortes de la vida cortesana en invierno. Como el estado del tiempo, forman la base de la conversación. Pero creo también que revelan nuestra decadencia elocuentemente. Donde se reacciona contra los procesos catarrales, y no se vive embozado en la capa, al amor del brasero, y se hace funcionar activamente la piel por medio de la hidroterapia, el catarro no es plaga nacional.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Con inusitada elocuencia fué amontonando cargos sobre el infeliz reo

DON CANUTO

El juicio oral que iba á celebrarse había reunido en la amplia sala una concurrencia enorme en la que predominaba el elemento femenino aristocrático, que ocupaba los puestos de preferencia.

En el ánimo de los espectadores, así como en el de los jueces y señores del Jurado, existía la convicción de que sería absuelto el protagonista del drama judicial que iba á juzgarse: en la conciencia de todos, D. Canuto era víctima de la fatalidad é instrumento irresponsable del desconocido autor de la fechoría.

D. Canuto gozaba en Madrid de una popularidad extraordinaria: era un héroe ridículo callejero, incapaz de hacer daño á una mosca: continuaba la dinastía de los borrachines impenitentes que se hacen notar del vulgo por su extravagancia; la característica de D. Canuto, aparte la suya privativa, era la de discursar en el arroyo y proclamarse Cid, Napoleón ó César, según se le antojaba, y con frase tartajosa, ademanes risibles, afirmar que era el libertador de España: el vulgo reía á carcajadas y aplaudía gozoso al borrachín, que, después de arreglar la nación á su gusto, terminaba por pedir á las almas de buena voluntad invitasen al gran Napoleón á «tomar una copa.»

He aquí los «hechos de autos.»

Una celeberrima beldad de la galantería presentó cierta noche en el Juzgado de guardia una denuncia por robo de alhajas, valoradas en unos cuantos miles de pesetas.

Personado el Juzgado en casa de la denunciante —un hotelito coquetón de la Castellana,—encontróse á D. Canuto encerrado en un gabinete, tumbado cuan largo era en la alfombra de terciopelo y durmiendo como duerme una de estas cubas humanas ahitas de alcohol.

Registrado, encontráronsele en los bolsillos unas cuantas alhajas de la propiedad de la denunciante.

Previa una fuerte dosis de amoníaco, declaró el famoso D. Canuto, no menos sorprendido que los que le interrogaban de verse en una casa para él absolutamente desconocida y acusado de haber perpetrado en ella un delito tan feo.

De rodillas y con lágrimas en los ojos juró que era inocente: no pudo explicar, por no explicárselo él mismo, su presencia en casa de la beldad: sólo dijo recordar que aquella tarde, ya obscurecido, se encontró á la puerta de una taberna con un señorito elegantemente trajeado, que le invitó á tomar una botella de lo fino... Bebió de firme hasta perder la memoria de dónde fué á parar con el señorito rumboso después de salir de la taberna: al señorito, al que llamaba su admirador, no le conocía.

El juez no tuvo recelo alguno de la veracidad de esta declaración; pero como todos los indicios acusaban al infeliz D. Canuto, fué éste conducido á la cárcel en nombre de la ley.

Tramitada la causa y después de once mortales

meses de prisión—que la Astrea humana es lenta en su marcha,—comparecía D. Canuto en juicio para responder de un delito en el que no tuvo arte ni parte.

Todo el aparato solemne y frío con que se reviste la Themis para ajustar al fiel de la rectitud su terrible peso, era en la ocasión presente cuestión de fórmula: los jueces y jurados y el auditorio reunido pensaban en que el popular borrachín sería absuelto.

La presencia de D. Canuto en el banquillo fué acogida con gran regocijo por el público: hilaridad disculpable al ver á aquel hombrecito de corta estatura, gordiflón, con bigotes como púas, las narices acachiporradas, teñidas de la rojez característica de los beodos; vestido de la manera más estafalaria y pintoresca del mundo: pantalón de pana que se perdía en amplísimas y charoladas botas de montar; frac azul lleno de concusidos; chaleco de terciopelo amarillo hecho girones; camisa de color rojo sin planchar; bajo el brazo, un sombrero de tres picos, de respetable antigüedad, adornado con plumas de pavo real: en el frac, sujeta con alfileres, una cruz hecha de paño verde.

No animaba el rostro del pobre diablo la estúpida sonrisa de sus buenos tiempos: aparecía encogido, receloso, tristón: el aparato aquel le azoraba, y aunque su abogado, una notabilidad del foro, le había asegurado por centésima vez que saldría libre del enredo en que se hallaba metido, presumía D. Canuto alguna malandanza, que siempre miró él con espanto las cosas de la justicia.

Todo marchaba á pedir de boca para D. Canuto: su declaración incoherente, dicha con grandes tartamudeos, pero con frase gráfica, arrancó grandes risotadas: el fiscal, joven aristócrata, enamorado de su profesión, disponíase á pronunciar una breve perorata sólo por cubrir las apariencias: el abogado defensor, que á pesar de su juventud gozaba de grandes prestigios en el foro, tenía la convicción de que su defendido no necesitaba de una oración elocuente y habilidosa para ser puesto en libertad: los señores del Jurado y los de la mesa encontrábanse en la mejor disposición de ánimo para confirmar suposiciones tan gratas.

Hallábase en el uso de la palabra el fiscal, cuando se produjo en la sala algo de movimiento al entrar y dirigirse hacia los bancos de preferencia una hermosa y elegante joven, seguida de un señor respetable. Los rezagados sentáronse en primera fila, el presidente ordenó: «¡Silencio!» y el fiscal y la defensa miráronse con mirada propia de rivales: nadie paró mientes en aquel cruce de miradas, porque ninguno de los concurrentes pudo sospecharse que la presencia de aquella dama que acudía por mera curiosidad al juicio aquel, había encendido el amor en el representante de la ley y en el defensor del malaventurado D. Canuto: el fiscal había sido preterido en su amorosa pretensión por el famoso abogado.

La presencia de la dama hizo cambiar todo el plan

que se proponía seguir en aquel juicio el despedido amoroso... Con inusitada elocuencia fué amontonando cargos sobre el infeliz reo, presentándole á sus juzgadores como un vicioso incorregible, como un parásito de la sociedad, capaz de bucear en el fango más repugnante del crimen para proporcionarse los medios de continuar su vida depravada y crapulosa. D. Canuto le oía temblando y mirándole como debe mirar el indefenso borrego al matarife que á él se acerca blandiendo un cuchillo tinto en sangre.

—¡Dios mío de mi alma!, pensaba todo consternado, ¿qué le habré yo hecho á ese señor para que diga de mí lo que dice?..

—¡Está visto!.. ¡Quiere lucirse para que se entere Adelita del partido que ha despreciado!.. ¡Anda, anda, al freir será el reir!, pensaba el abogado defensor.

A medida que los períodos de la acusación fiscal iban sucediéndose, era mayor la atención en los oyentes: los juzgadores del proceso no veían ya éste tan fácil de resolver como creían: el público, subyugado por la verbosidad del orador, no miraba ya con muestras de simpatía y conmiseración al reo: acaso aquel borrachín de hombre era un farsante, un canalla.

Terminó el acusador con un párrafo grandilocuente que arrancó un murmullo de entusiasmo en el auditorio: los ojos del fiscal estaban fijos en Adelita, la cual había seguido con curioso interés el discurso de su calabaceado pretendiente: el abogado defensor tampoco perdía de vista á la dama, y en sus ojos centelleaba la rabia de los celos y del despecho más grande.

—¡Ahora voy yo!, musitó nerviosamente.

Y habló la defensa como nunca había hablado en los múltiples juicios que labraron su pedestal de gloria: se excedió á sí mismo; fino é irónico, con intención aviesa, refutó todo lo dicho por su contrincante devolviéndole con frases que eran alfilerazos los que él había recibido antes; llamó la atención del Jurado hacia la inocencia de su defendido, que, por arte de la oratoria del fiscal, aparecía como un bandido repugnante y terrible.

Mordíase los labios el fiscal, más que por la réplica del adversario, por las miraditas amorosas que la dama prodigaba á aquél: al terminar la defensa su discurso, el aristocrático representante de la ley estaba lívido, nervioso y descompuesto.

Iracundo é implacable, en nombre de la sociedad volvió por los fueros de la justicia y pidió al Jurado condenase á aquel terrible D. Canuto, que era un parásito peligroso que si se había mostrado como ladrón entonces, recorrería toda la escala del crimen...

D. Canuto fué condenado á catorce años de presidio.

No la justicia, la vanidad de los hombres dictó tan terrible fallo.

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Triadó.)

UN PLEITO RUIDOSO

(TRADICIÓN FILIPINA)

—Desengañate, hermano Pedro; esto no puede quedar así, y si no protestamos en debida forma, si no volvemos por los fueros de nuestra dignidad ultrajada, ni hacemos valer la fuerza de nuestros derechos desconocidos, créelo, nos pisotearán, y lo que es más triste aún, harán muy bien en pisotearnos y en prescindir de nosotros.

—Cachaza, hermano Juan, cachaza; todo se andará contando siempre con la santa voluntad de Dios. Hermano, no hay que abandonarse á la cólera, que es mala pasión. No dudes que nuestro comisario el P. Fr. José de Santa Gertrudis es hombre de singulares energías y que sabe llevar los hábitos como sabría cantarle las verdades al mismísimo rey si Su Majestad se metiese en estos asuntos.

—¿Cachaza, tranquilidad? Mal haya la cachaza, que nos hace vivir sometidos á esos viejos, á esos aragoneses que sólo nos dejan los cargos más deslucidos de la Orden. ¡Ah! Si yo estuviera en el pellejo del padre comisario, de mejor modo andaría todo y de mejor manera se resolvería este enojoso asunto que nos trae á mal traer.

—Pues ya que eres tan desconfiado é impaciente, te diré, hermano Juan, que el mismo comisario me ha asegurado que en el próximo Capítulo se pondrá todo en claro, y que si no se nos desagruvia, si no se nos da lo que en justicia pedimos, nos retiraremos y suceda lo que suceda y Dios sobre todos, pues por su santa causa luchamos y nuestro derecho defendemos.

Y poniendo con estas palabras punto final á la conversación, por acercarse ya la hora del refectorio, ambos frailes se internaron en los oscuros y solitarios claustros del convento de San Nicolás de Manila.

Revueltos andaban por aquellos días los ánimos de los Agustinos descalzos, que dando al traste con la obligada mansedumbre y con la evangélica humildad que su regla les imponía, mostrábase un tanto codiciosos de las cosas de este mundo y sostenían no pocas y enconadas luchas para la provisión de los cargos á la sazón vacantes en la Orden.

La marimorena en que estaban empeñados los religiosos había trascendido á la población, y como era natural que sucediera en aquellos tiempos en que la vida de la colonia se deslizaba monótona y aburrida, habíanse formado en la noble ciudad de Segaspi dos nutridos bandos en armonía con las dos parcialidades que habían trastornado la seráfica tranquilidad de la Orden Agustiniense.

Lo más grave del caso era que esas banderías frailunas tenían su origen en mal disimulados odios regionalistas: aragoneses eran los religiosos que burla burlando de los principios de la justicia distributiva, retenían en propio provecho las más pingües cargas de la comunidad; castellanos eran los que pedían á voz en grito que se hiciera un reparto equitativo de prebendas, para que todos fuesen iguales en los beneficios, ya que iguales eran en las cargas; y de análoga manera se habían dividido los vecinos de Manila, como si unos y otros pretendieran romper la unidad de la patria en tan lejanas tierras, en donde tan sólo una común aspiración debía de enlazarlos.

Y las cosas no daban señales de pacífico arreglo, sino que, por el contrario, las intransigencias, que son naturales efectos de toda lucha civil, amenazaban con graves males, pues el P. Santo Gertrudis, que al frente de una lucida expedición de 57 agustinos castellanos había arribado hacía poco á las playas filipinas, no se recataba de decir que en el próximo Capítulo pondría sobre el tapete el enojoso asunto, amenazando con retirarse si las cosas no se resolvían á gusto y sabor de todos.



Canto á Lartaun, escultura de D. Quintín de la Torre

Celebróse el temido Capítulo, que vino á arrojar nuevas astillas á la potente hoguera que el cerrado criterio de los más y las mundanas codicias de los otros habían encendido. No consiguieron los castellanos en la Junta general los cargos que pretendían, y fuertes en su empeño, en otra particular distribuyeron entre ellos todos los beneficios y pretendieron ser admitidos en la Sala Capitular con el carácter que á sí mismos se habían atribuido. No realizaron tampoco este deseo; pero lejos de desmayar ni de entregarse á partido, cumplieron sus amenazas, abandonando el convento de San Nicolás de Manila, refugiándose en el de San Juan de Bagumbayang, donde se declararon en cantón independiente, celebrando nuevo Capítulo.

Y dióse entonces el peregrino caso de resultar dobles todos los cargos de la Orden, y excusado es decir que cada uno de los provinciales ejercía sus funciones y que el escándalo y el mal ejemplo llegaban á su colmo, y que la Orden, más que una comunidad de religiosos, parecía una olla de grillos mal avenidos ó un campo de Agramante. A tal punto hubo de alborotarse la ciudad con tan ruidoso cisma, que el conde de Lizárraga, que por aquel entonces gobernaba las islas á nombre del católico rey de España, tuvo que tomar cartas en el asunto, consiguiendo que ambos partidos aceptasen la fórmula conciliatoria de enviar procuradores á Madrid que sometieran el extraño pleito á la autoridad del vicario. Pero estaba de Dios que la cosa no terminara tan pacíficamente, pues nombrados procuradores los PP. José de la Soledad y Nicolás, el primero por los aragoneses y por los castellanos el segundo, éste murió en la travesía, y Fr. José, no teniendo competidor que contradijese sus argumentos, pudo obtener fácilmente que en la corte sentenciasen la causa á su favor, anulándose el Capítulo de Bagumbayang y quedando incurso todos sus miembros en la privación de voz

activa y pasiva, ítem más en otras penas ordinarias. Y hecha esta breve digresión histórica, adelante con los faroles.

—Mira, hermano, decía Pedro á su inseparable compañero; no parece sino que S. E. se ha propuesto hacernos el honor de un sitio en regla. Por allí vienen dos piezas de artillería; por este otro lado una compañía de mosqueteros, y no es aventurado suponer que aquella nubecilla de polvo que se divisa hacia la izquierda anuncia más gente armada. ¡Medrados estamos! Bien abusa S. E. de su poder y buen golpe de tropas envía para reducir á unos pobres frailes, que no tienen más armas que su derecho.

—El Sr. Torralba, hermano Pedro, quiere que pase á la historia su gobierno interino, y abandonando los temperamentos pacíficos del conde de Lizárraga, arremete contra este convento con la misma furia que si fuera á tomar una plaza fuerte. Pero él no sabe que sus bravatas ni nos hacen desmayar en nuestros bríos ni nos hacen abdicar de nuestro derecho. No, no abandonaremos este refugio como rebeldes sumisos que imploran perdón, porque ni rebeldes somos ni perdón necesitamos. Saldremos con la frente muy alta y cuando nos aseguren que entraremos en el goce de nuestros derechos, y si así no quieren, si pretenden castigarnos, moriremos todos entre los escombros humeantes del convento.

Y el P. Juan pronunciaba estas últimas palabras arrebatado de entusiasmo, mientras en sus negros ojos brillaba la altiva fiereza y el no domeñado orgullo de la raza castellana.

Pintoresco era el espectáculo que aquella mañana ofrecía el campo de Bagumbayang. Alzabase el convento, erguido, altanero, con sus fuertes muros ennegrecidos por la humedad; tremolaba al viento, en la torre, la insignia de la Orden.

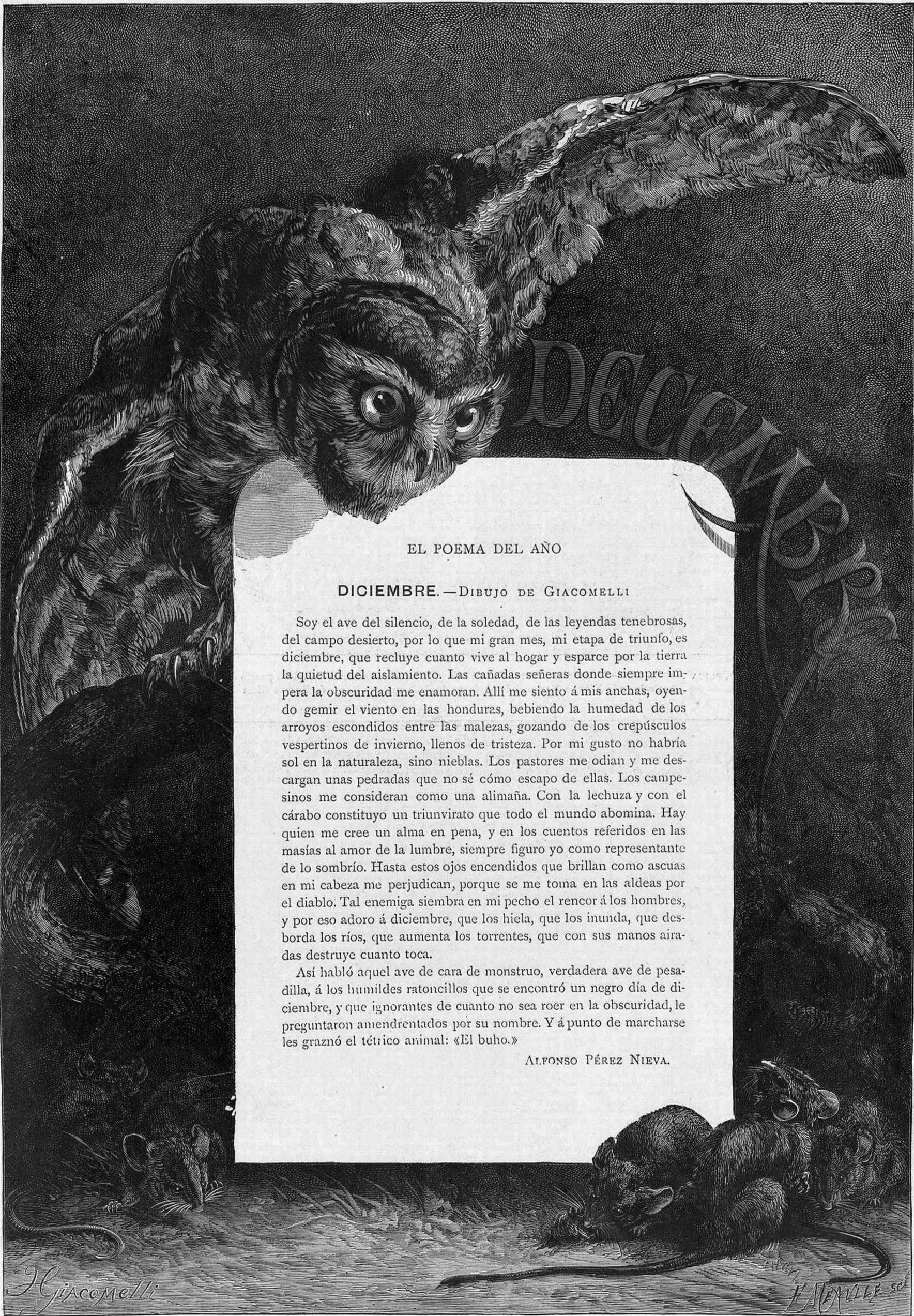
Con sus estrechas ventanas atrincheradas, con sus féreas puertas cerradas á cal y canto, el convento parecía, más que humilde refugio de religiosos, formidable fortaleza, y contribuían á aumentar la ilusión y á traer al magín el recuerdo de otras edades, aquellos numerosos grupos de soldados que hormigueaban alrededor del coloso, tomando posiciones y preparándose para el asalto si los emisarios de S. E. no conseguían reducir á los tozudos frailes.

Montó en cólera el Sr. Torralba cuando supo por boca de su propio delegado que los frailes estaban dispuestos á morir antes que á entregarse incondicionalmente al provincial de la Orden. Vió el gobernador menospreciada su autoridad, y en un arrebato de indignación, ordenó que los cañones del baluarte dispararan contra el convento, bien convencido de que á la primera descarga depondría su inconcebible orgullo aquel puñado de revoltosos. Pero también en esto se engañaba S. E., porque al disiparse el humo vióse que el convento seguía como antes, mudo, altanero, con la insignia de la Orden enarbolada en la torre, sin que ni un solo grito hubiese salido de entre sus recios muros, ni una sola de sus ventanas se hubiera entreabierto. Entonces el gobernador, espantado de su obra, mandó suspender el fuego y envió á los frailes nuevos emisarios.

Algunas horas habían transcurrido, cuando los curiosos que llenaban el campo de Bagumbayang pudieron presenciar un espectáculo extraño que dejaba por los suelos la autoridad de S. E. y que sirvió de sabrosa comidilla á toda la ciudad. Y fué que de repente giraron sobre sus enmohecidos goznes las maticas puertas del convento; que las tropas sitiadoras abrieron calle, y que por ella, precedidos de cruz azada, formados en comunidad, con hachas encendidas en las manos y entonando con voz sonora cánticos religiosos, avanzaron lentamente los frailes, en cuyos ojos parecía brillar algo de la antigua fiereza castellana.

Todas las frentes se inclinaron ante aquellos hombres, que fuertes en su derecho, habían desafiado á los poderes de la tierra, y que al abandonar su refugio, más parecían soldados victoriosos que rebeldes sometidos.

JOSÉ TORAL.



EL POEMA DEL AÑO

DICIEMBRE. — DIBUJO DE GIACOMETTI

Soy el ave del silencio, de la soledad, de las leyendas tenebrosas, del campo desierto, por lo que mi gran mes, mi etapa de triunfo, es diciembre, que recluye cuanto vive al hogar y esparce por la tierra la quietud del aislamiento. Las cañadas señeras donde siempre impera la obscuridad me enamoran. Allí me siento á mis anchas, oyendo gemir el viento en las honduras, bebiendo la humedad de los arroyos escondidos entre las malezas, gozando de los crepúsculos vespertinos de invierno, llenos de tristeza. Por mi gusto no habría sol en la naturaleza, sino nieblas. Los pastores me odian y me descargan unas pedradas que no sé cómo escapo de ellas. Los campesinos me consideran como una alimaña. Con la lechuza y con el cárabo constituyo un triunvirato que todo el mundo abomina. Hay quien me cree un alma en pena, y en los cuentos referidos en las masías al amor de la lumbre, siempre figuro yo como representante de lo sombrío. Hasta estos ojos encendidos que brillan como ascuas en mi cabeza me perjudican, porque se me toma en las aldeas por el diablo. Tal enemiga siembra en mi pecho el rencor á los hombres, y por eso adoro á diciembre, que los hiela, que los inunda, que desborda los ríos, que aumenta los torrentes, que con sus manos airadas destruye cuanto toca.

Así habló aquel ave de cara de monstruo, verdadera ave de pesadilla, á los humildes ratoncillos que se encontró un negro día de diciembre, y que ignorantes de cuanto no sea roer en la obscuridad, le preguntaron amedrentados por su nombre. Y á punto de marcharse les graznó el tético animal: «El buho.»

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



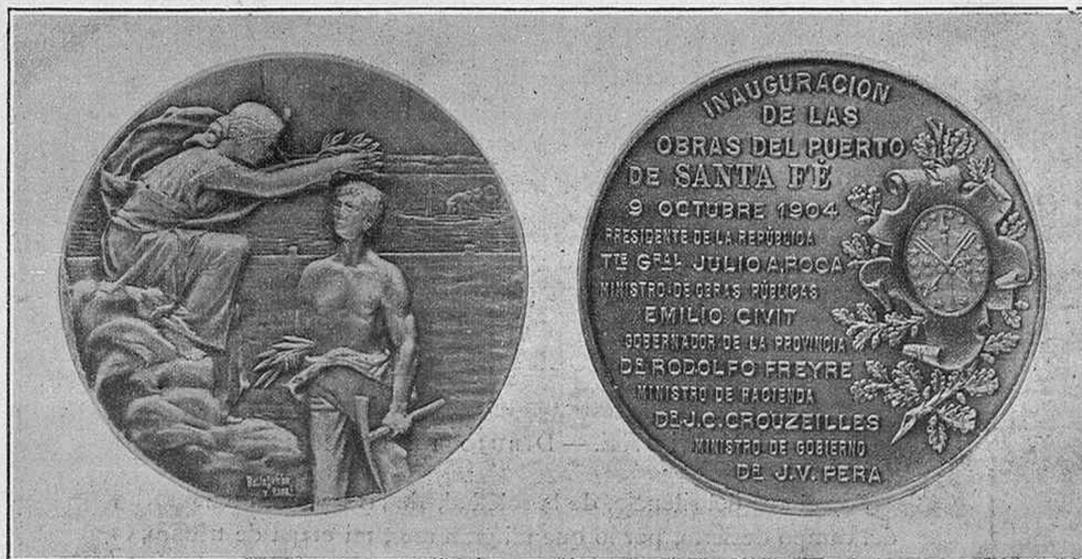
REPÚBLICA ARGENTINA. - INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DEL FUTURO PUERTO DE SANTA FE. - ASPECTO DE LA CEREMONIA EN EL ACTO DE LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA. (De fotografía.)

REPÚBLICA ARGENTINA

INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS

del futuro puerto de Santa Fe

La ciudad de Santa Fe, que alcanza de día en día más prodigioso desarrollo, ha celebrado recientemente grandiosas fiestas con motivo de inaugurar las obras del futuro puerto. La ceremonia de la colocación de la primera piedra resultó grandiosa y á ella concurren los miembros del Poder ejecutivo, funcionarios públicos, representantes del Poder ejecutivo nacional, del ejército, de los gobiernos de provincias, colegios del Estado y numeroso público. Presidió el gobernador de la provincia Dr. Rodolfo Freyre, quien pronunció un elocuente discurso alusivo al acto, y el prelado diocesano, monseñor Boneo, bendijo la piedra y la urna en que se encerraron el acta de inauguración, un ejemplar de los periódicos del día y varias medallas conmemorativas.



REPÚBLICA ARGENTINA. - Medalla conmemorativa de la inauguración de las obras del futuro puerto de Santa Fe. Acuñada en la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires

Completaron las fiestas un suntuoso banquete organizado por el comercio y un baile de gala oficial que se efectuó en los magníficos salones del Club del Orden.

Los adjuntos grabados representan el aspecto que ofrecía el lugar en donde se efectuó el acto inaugural y el anverso y reverso de la medalla conmemorativa acuñada en la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

De la misma fábrica proceden también las otras tres medallas que en esta página reproducimos y que han sido acuñadas para conmemorar las colocaciones de las piedras fundamentales del Arsenal del Campo de los Granaderos, del Cuartel de Inválidos y del Cuartel de Infantería.

Todas estas medallas son una nueva prueba de la excelencia de los trabajos que salen de los acreditados talleres de los Sres. Bellagamba y Rossi, á quienes felicitamos por el estado floreciente en que han sabido colocar su industria. - X.



REPÚBLICA ARGENTINA. - MEDALLAS CONMEMORATIVAS DE LA COLOCACIÓN DE LAS PIEDRAS FUNDAMENTALES DEL ARSENAL DEL CAMPO DE LOS GRANADEROS Y DE LOS CUARTELES DE INVÁLIDOS Y DE INFANTERÍA. Acuñadas en la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

GUERRA RUSO-JAPONESA—LOS HÉROES DE PUERTO ARTHUR.

ALGUNOS DE LOS MÁS IMPORTANTES JEFES DEL ESTADO MAYOR DEL GENERAL STOESEL. (Retratos reproducidos de fotografías.)



El mayor general Kondrachenko



El coronel de artillería Zarintshkovsky



El general Rashtelinsky



El mayor general Fock

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El ejército sitiador de Puerto Arthur, en vista de la ineficacia de sus ataques contra los fuertes Songs-hu, Ehrlung y Kekvan, situados al Norte, resolvió llevar sus esfuerzos contra la parte Oeste, y al efecto el 27 de noviembre lanzóse sobre la colina llamada de los 203 metros. Comenzó el ataque una línea de tiradores, pequeña en un principio, pero que luego fué reforzada por numerosas reservas y apoyada por la artillería de campaña. Cuando las fuerzas japonesas estuvieron cerca de la colina Roja, inmediata a aquella, dieron el asalto, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, en vista de lo cual los asaltantes desistieron de sus ataques contra la colina Roja y los concentraron en la otra, la de 203 metros. El 29 lograron aislarla, pero el mismo día los rusos realizaron varios contraataques muy violentos y consiguieron desalojar al enemigo de todas sus posiciones, de algunas trincheras. De éstas salieron el 30 las columnas de asalto que, hábilmente apoyadas por un vigoroso fuego de artillería, pudieron aproximarse a las trincheras ocupadas por los rusos; pero también esta vez fueron rechazados, quedando los rusos dueños de la situación hasta las tres de la tarde, hora en que su resistencia comenzó a ceder. Entonces el general Nogi hizo avanzar nuevos refuerzos y repetir el asalto, y los rusos, ante la inminencia de verse envueltos, se retiraron, llevándose la mayor parte de su material. A la noche siguiente los sitiadores intentaron recobrar la colina de 203 metros, pero fracasaron en su tentativa, quedando aquella posición definitivamente en poder de los japoneses.

Un telegrama de Tokio dice que el general Nogi ha declarado que todavía no había hecho el recuento de las bajas sufridas en esta operación, pero que exceden a las experimentadas en anteriores asaltos; ahora bien, teniendo en cuenta las enormes pérdidas que en otras operaciones análogas han tenido los japoneses, puede calcularse la magnitud de las de esta última.

¿Corresponde a estos sacrificios la importancia de la colina de los 203 metros? Difícil es dar una contestación concreta a esta pregunta. Por una parte, esta colina no es más que una posición avanzada que no asegura ni mucho menos la posesión de los fuertes permanentes de Antseshan é Itseshan, para apoderarse de los cuales tendrán todavía los japoneses que realizar grandes esfuerzos; además se halla a su vez dominada por las otras dos colinas de Liao-Ti-Chan (430 metros) y de las Codornices (250 metros), desde donde los rusos podrán fácilmente dificultar la instalación de las baterías de sitio japonesas. Pero, por otra parte, la posición de la mencionada colina

tiene verdadera importancia, porque desde ella se domina perfectamente la rada de Puerto Arthur, lo cual ha de permitir a los sitiadores hacer más eficaz el bombardeo.

Según un parte oficial del comandante de la artillería de marina japonesa, el día 2 de este mes comenzaron los japoneses a cañonear los buques rusos anclados en Puerto Arthur, habiendo logrado echar a pique el *Poltava* y causar grandes averías al *Retvisan* y al *Pobieda*. Suponen algunos que estos des-

no tengan aún en aquella posición más que un puesto de observación con algunas piezas de campaña, y que las averías ocasionadas en los barcos rusos lo hayan sido por las antiguas baterías de marina instaladas al Noroeste de la plaza.

Estas nuevas pérdidas de la escuadra de Puerto Arthur son realmente sensibles para los rusos; y la circunstancia de que antes de dejarse destruir de esta manera no intentara un esfuerzo desesperado para causar siquiera algún daño a la del almirante Togo, sólo puede explicarse por la necesidad en que se habrá visto el general Stoessel de desarmar los buques a fin de utilizar en tierra sus tripulaciones y su artillería.

Es, pues, indudable que la situación de aquella plaza empeora de día en día, y otra cosa no puede ser, dado que su guarnición no recibe refuerzo alguno, al paso que los sitiadores los reciben de continuo; pero de esto á creer, como aseguran algunas noticias de procedencia japonesa, que la toma de Puerto Arthur es cuestión de pocos días, media una inmensa distancia. Recuérdese, si no, que hace cinco meses que los japoneses vienen diciendo lo mismo, y sin embargo hasta ahora sólo han podido apoderarse de algunas posiciones de la línea exterior. Muchas veces lo hemos dicho: la mayor ó menor duración de la resistencia de los sitiados ha de depender más de los recursos de que dispongan que de los ataques de los sitiadores. Por ahora parece que los recursos no faltan: recientemente un capitán de un buque noruego que en agosto logró forzar el bloqueo, introduciendo en Puerto Arthur un importante cargamento y que se dispone á hacer lo propio antes de febrero, ha manifestado recientemente á varios periodistas de Amberes que cada mes en traban en la plaza diez buques por lo menos, cargados de víveres y municiones.

Al Sur de Mukden continúan los combates parciales en la extrema izquierda rusa, habiéndose visto obligados los japoneses á retirarse de algunas de sus posiciones. Pero ninguno de estos encuentros ha tenido importancia. Únicamente en la mañana del día 6 hubo en las inmediaciones de la colina Poutiloff y cerca del ferrocarril un cañoneo más violento que todos cuantos ha habido en la presente guerra; pero no ha tenido consecuencias.

Gracias á los últimos refuerzos, el efectivo total del ejército ruso en la Manchuria se eleva actualmente á 350.000 hombres y 1.100 cañones; á fines de mes, tendrá el general Kuropatkin 40.000 hombres y 120 piezas de artillería más, procedentes de cinco brigadas de cazadores de las circunscripciones de Vilna, Varsovia, Kiev y Odesa. Inmediatamente después, comenzará á llegar á la Manchuria el 16.º cuerpo.

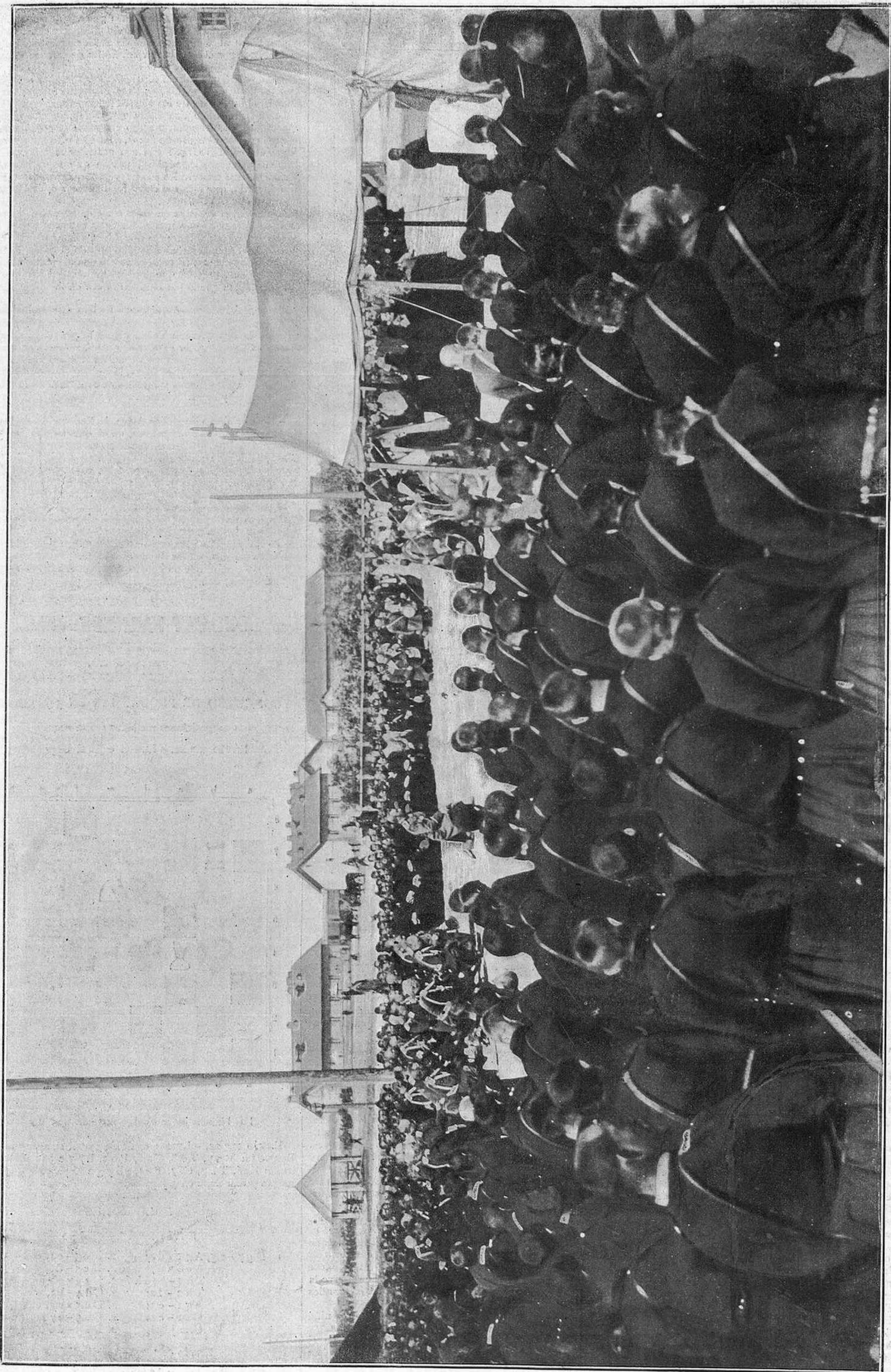


GUERRA RUSO-JAPONESA. — Curiosa fotografía en la que se ve una parte de una bahía japonesa y al mismo tiempo la explosión de dos granadas rusas en las colinas del fondo. (De fotografía del «Colliers Weeckly.»)

trozos han podido ser ocasionados por las baterías instaladas en la colina de los 203 metros; pero esto parece poco probable si se tiene en cuenta que los sitiadores se apoderaron de esta colina el día 30 de noviembre y que es muy difícil, si no imposible, que en 36 horas pudieran aquéllos subir á tal altura, en la que no hay caminos, piezas de artillería que pesan 4.000 y 6.000 kilogramos con sus correspondientes municiones. Lo más probable es que los japoneses



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El sitio de Puerto-Arthur. Un asalto desesperado de los japoneses para apoderarse de una obra avanzada. (Dibujo de F. de Haenen.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Misa de campaña celebrada el día 6 de octubre en Mukden, poco antes de comenzar la gran batalla del Cha-Ho

En el centro, el general Kuropatkine arrodillado y detrás de él su estado mayor. Hacia la derecha, el diácono leyendo la próclama al ejército que todas las fuerzas escuchan de rodillas y con religioso recogimiento. (De fotografía de «Colliers Weckly.»)

El día 30 de noviembre inauguró el Mikado la segunda legislatura de la dieta japonesa, y en el discurso que leyó á las Cámaras declaróse satisfecho del curso de las operaciones militares y pidió á los diputados que aprobaran los proyectos de ley especiales destinados á hacer frente á los gastos extraordinarios que impone la guerra.

El Ayuntamiento de San Petersburgo ha votado un crédito de 100.000 rublos á favor de los defensores de Puerto Arthur y de sus familias y ha solicitado autorización para hacer un llamamiento á toda la Rusia con objeto de recoger donativos análogos.

El Japón ha formulado enérgicas protestas contra los comerciantes ingleses que han vendido carbón á los rusos; á lo cual contestan algunos periódicos londinenses que también los japoneses han comprado combustible en Inglaterra, en donde además han adquirido paños, material de ferrocarriles, municiones, armas y hasta torpedos desmontados por un valor total de 100 millones de francos. De lo que resulta que los que más se quejan son los que más se han aprovechado del contrabando de guerra.—R.

NUESTROS GRABADOS

La Purísima Concepción, estatua de plata fundida en el taller Artístico Barcelonés de A. de Bruguera.—Justamente ha llamado la atención de los inteligentes la hermosa estatua de la Purísima Concepción, fundida en plata en el taller Artístico Barcelonés del Sr. Bruguera, por las grandes dificultades que tal operación representa, dadas las dimensiones de 1'30 metros de altura y la clase del metal empleado, ya que el más pequeño descuido podía malograr la ejecución de tan importante obra. La imagen es fidelísima reproducción de la tan celebrada de Murillo, siendo la primera obra que se ha ejecutado en España de tales dimensiones y con tan precioso metal, del cual ha sido preciso emplear 130 kilogramos, habiéndose empleado el procedimiento llamado de cera perdida, sin que se haya utilizado mezcla alguna, ni recurrido á soldaduras ni á otros medios que los establecidos para esta clase de fundiciones. Réstanos agregar que esta obra, verdaderamente excepcional, se ha llevado á cabo con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen, habiéndola costeado el Ilmo. Sr. Obispo de Gerona, quien la ha ofrecido al ilustre cabildo de aquella catedral. Felicitamos muy de veras al Sr. Bruguera por su trabajo, así como al escultor modelista D. Luis Fábregas, puesto que al honrar á uno y otro pregonera la estatua á que nos referimos el adelanto y progreso de esta importantísima industria en nuestra ciudad.



LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, estatua de plata fundida en el taller Artístico Barcelonés, de A. de Bruguera

Canto á Lartaun, escultura de Quintín de la Torre.—Entre las tradiciones vascas coleccionadas por Araquistain, figura la siguiente:

«El rey de los cántabros adora una sombra y por esto corre todos los días al borde de los torrentes para conversar con su espíritu que flota entre las aguas.»

»Lartaun amó á Usua y la muerte de la hermosa niña mató en el corazón del guerrero la luz de la esperanza.

»Ella le dijo: «¡Lucha, vive, y lucha por Cantabria y muere por ella! Entre tanto yo bajaré á consolar tu corazón doliente. Tú vendrás á sentarte bajo este roble que hará sombra á mi tumba, y mi espíritu descenderá á tu lado en las alas de las brisas que juegan en sus ramas sobre el vapor de esas aguas que se despeñan bramando y entre los misteriosos fantasmas de la noche.»

En esta tradición poética se ha inspirado el autor de la escultura que reproducimos. En la obra de Quintín de la Torre admiramos, aparte de las bellezas técnicas, la admirable armonía con que el artista ha sabido unir la idealidad del pensamiento con el realismo de la forma: las figuras son humanas, como humana es en el fondo la tradición de los amores de Lartaun y Usua; pero por encima de este humanismo flota un ambiente de poesía que envuelve á todas las figuras del grupo, pero muy especialmente á la de la hermosa niña que después de muerta acude en alas de las brisas á consolar el corazón doliente de su amado.»

Quintín de la Torre, natural de Bilbao y pensionado por la Diputación de Vizcaya, reside en la capital de Francia y ha obtenido varios triunfos en su carrera artística: citaremos entre ellos los alcanzados en el Salón de París de 1903 con su obra «Por qué?» y en la última Exposición general de Bellas Artes é Industrias Artísticas celebrada en Madrid, en la que fué propuesto para una segunda medalla.

Carga agradable, cuadro de Andrés Solá y Vidal.—Al reproducir en las páginas de esta Revista el her-

moso cuadro del que fué artista meritisimo y amigo querido, hemos de lamentar una vez más su pérdida, ya que dadas las repetidas muestras que nos ofreció de su valía lícito ha de sernos afirmar que podría llegar á singularizarse. En la obra que motiva estas líneas, como en la mayor parte de las que produ-

aquellas infantiles cabecitas que tantos elogios le han reportado y otras de carácter simbolista, soñadoras como la imaginación del artista, retratándose en todas su temperamento, mezcla armónica de pintor y poeta. El Sr. Cortés expone un paisaje, en el que trata de simbolizar la *Poesía*, que acredita sus condiciones para el cultivo de este género de pintura, y el Sr. Felíu varios cuadros al óleo, recuerdo de sus excursiones, y algunos dibujos, que por sí solos bastarían, á falta de otros méritos, para justificar los elogios que se le tributan. Enrique Galwey, el celebrado paisajista, exhibe á su vez varios lienzos con jugosos paisajes de nuestra región, que tan bien sabe interpretar; Luis Graner, el intérprete de los efectos luminosos, aporta una composición que parece una sátira macábrica, ya que representa una escena de Carnaval, y como contraste ofrece Aurelio Tola un paisaje y cuadro de flores, á las que sólo falta el aroma. Sigue el maestro Urgell con sus acariciados temas, siempre exactos y siempre agradables, puesto que reproducen notas perfectamente observadas é interpretadas, cerrando la lista su hijo Ricardo, que aparece como feliz sucesor é inteligente discípulo, y el Sr. Villalonga, pintor ya, por desgracia, fallecido.

La fundición artística de Masriera expone en su salón de la calle de Fernando una preciosa estatua ecuestre de un árabe, en bronce, obra del laureado escultor sevillano Joaquín Bilbao, llamando la atención de los inteligentes en el Salón Robira un cuadro de Manuel Cusí representando una elegante dama en el antepalco de un teatro, que produce un notabilísimo efecto por los cambiantes que la luz artificial ofrece en la coloración.

Espectáculos.—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito en el Eldorado *La borracha*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de José Jackson Veyan y José López Silva, música del maestro Chueca; y *Los zapatos de charol*, zarzuela en un acto y tres cuadros de José Jackson Veyan y Enrique Paradas, música del maestro Crespo. En el Liceo, la representación de *Lucrezia Borgia* ha valido sendas y entusiastas ovaciones á la Sra. Bianchini-Capelli y al Sr. Marconi.

—En el Palacio de Bellas Artes, la Federación de los coros de Clavé ha dado un concierto, en el que bajo la inteligente dirección del Sr. Rafart se cantaron varias composiciones de Clavé, el himno nacional transvaalense y *Patria*, del citado maestro Sr. Rafart, que valieron á los coros grandes y merecidos aplausos.

Neurología.—Han fallecido: Gustavo Ratzenhofer, general, filósofo y sociólogo austriaco, á quien se denominaba «el Herberto Spencer de Austria»; autor de importantes obras militares, filosóficas y sociológicas. Carlos Jauslin, pintor de historia suizo. Carlos Lotz, pintor de género y retratista húngaro. José Scheu, compositor austriaco.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29.ª des Italiens.

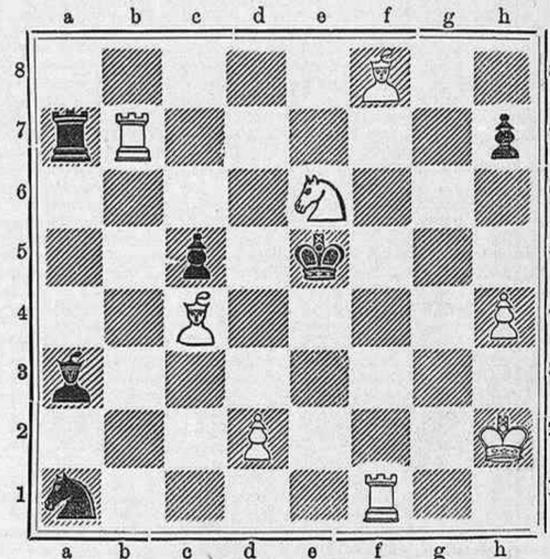
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación)

ENVÍO N.º 20.—LEMA: «Qis ti Ulginalu.»

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

ENVÍO N.º 21.—LEMA: «Salt de cavall sempre mortal.»—BLANCAS: Ra7, Td8, Ca6, Pb3, b7 y c3 (6 piezas). NEGRAS: Rc6, Th7, Cf7, Pb4, e6 y g2 (6 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 18.—«Zobe.»

- 1. Dg7-e5, Ag1xd4; 2. De5-e4, etc.
- Ae8xd7; 2. De5-d6, etc.
- Th2-h4 ó h6; 2. De5xe2 jaq., etc.
- Th2-f2; 2. Cd4-b3, etc.
- Ag1-e3; 2. De5xe3, etc.
- Ca1-c2; 2. De5-c7 jaq., etc.
- Otra jug.ª; 2. De5-d6 ó c7 jaq., etc.

ENVÍO N.º 19.—«Hollandais.»

- 1. Cb3-d2, Ae6xd5 jaq.; 2. Cd2-e4 jaq., etc.
 - Rd6xd5; 2. Cd2-e4 jaq., etc.
 - Otra jug.ª; 2. Cd2-e4 ó c4 mate.
- (Se continuará)

jo, manifestóse como artista y como pintor apasionado de cuanto recordaba ó representaba nuestro país, procurando que en todos sus cuadros se destacara la nota sensible, inspirada en el sentimiento y en la realidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—Salón París.—Continúan las exhibiciones de obras pictóricas en el hermoso local destinado á exposición, y á medida que la estación adelanta múltiplicase el número de producciones y aumentan los expositores, algunos de ellos ya ventajosamente conocidos, como acontece con el joven artista Joaquín Renart, quien ha expuesto una serie muy interesante de *ex-libris*, que le han servido para darse á conocer como buen dibujante, así por lo que atañe á la firmeza del trazo, como por el buen gusto y acierto que revelan las composiciones decorativas que integran las obras expuestas. Otra circunstancia muy recomendable y digna de estimarse es la que ofrecen los *ex-libris* á que nos referimos, cual es la que pudiéramos denominar orientación del autor, el concepto en que se inspira. Renart ha buscado los elementos nutriéndose en las obras del gran arte, y de ahí que en todas se observe la robustez, la severidad que sólo pueden informar los grandes ideales artísticos.

También merece mencionarse un bonito retrato de una niña pintado por la Srta. Clot y varios paisajes del Sr. Badrina.

«La Asociación Artística y Literaria» ha organizado en el mismo Salón la quinta de sus anuales exposiciones, y si bien ésta no reviste igual importancia que alguna de las anteriores exhibiciones, no por eso es menos digna de encomio y de aplauso por los artistas que en ella han tomado parte. Ateniéndonos al orden establecido en el Catálogo, mencionaremos las obras debidas al pincel de Juan Brull, algunas de ellas buena pareja de

LA DICHA DE FLO

CUENTO ORIGINAL DE TONY D'ULMES.—ILUSTRACIONES DE ENRIQUE GOUSSE

No más fatuo que cualquier guapo mozo que se ha mirado en el espejo, ni más ambicioso que cualquier pobre pelafustán que desea la riqueza, ni más indelicado que cualquier *struggle for life*, ni más duro que un trozo de madera tierna, el poeta Pedro Sorel era, después de todo, un joven encantador.

Alto, de cuerpo a la vez delgado y fuerte, de gustos delicados, de aterciopelada tez, rostro delgado y cabellos castaños que caían sobre su frente en sedoso tupé, tenía una especie de encanto por decirlo así femenino. Sus ojos, de un azul claro y rasgados, tenían un brillo duro que sucesivamente cautivaba y repelía: voluntarios y crueles, se fijaban violentamente en los de los demás como desgarrándolos y su mirada producía una sensación de mal-estar.

Desde el punto de vista moral, Pedro había nacido sin defecto y sin cualidad distintivos y con una inteligencia mediana, pero maravillosamente flexible. Los seres de esta clase causan ilusión, y algunos los creen superiores: tienen, en vez de cerebro, una cámara oscura que registra las ideas ajenas y da de ellas una fotografía muy clara. Por haber frecuentado desde muy joven los medios literarios, habíase creado una personalidad artificial que con adoradora satisfacción veía evolucionar. Sus versos se parecían a los de Baudelaire y tenían también cierto aire de familia con los de Verlaine, y eran muy estimados en las pequeñas revistas blancas, rosas ó azules en donde los publicaba; pero los estimaban sin pagárselos.

Y Pedro Sorel era pobre. ¡Qué sufrimiento para un poeta que no hacía más que ir viviendo, como les pasa hoy á todos, y que codiciaba mucho más las riquezas de este mundo que los goces ideales del arte!

Tenía una cualidad que tiende á desaparecer, la voluntad; quería tener rentas para darse la vida regalona que era su sueño dorado. Pero ¿cómo llegar á ser rico? Mucho tiempo anduvo buscando una solución sin encontrarla, hasta que al fin una conversación con Jacobo Sonnier, poeta como él, decidió de su porvenir.

Los dos jóvenes estaban sentados en el dormitorio de Pedro, pobre habitación de un cuarto piso, desde cuya abierta ventana se veía una pared alta y negra. Después de un rato de silencio, dijo Jacobo:

—El mundo es un teatro en donde se agitan apariciones.

—Esto no es nuevo, observó Pedro.

—Pero es siempre verdad. Para representar bien su papel es preciso que cada cual se componga la cabeza conforme á lo que el papel requiere. Ese militar ha llegado á los más altos grados; se admiran su gran estatura, su desgarbo, sus bigotes; se le aclama, se le exalta; y en el fondo es un imbécil. ¿Qué tiene, pues? Que se ha compuesto bien la cabeza. Ese magistrado aterroriza hasta á los inocentes; todo el mundo tiembla ante su mirada impasible; todo el mundo se estremece ante el enigma de su sonrisa; y en el fondo es una nulidad. ¿Qué tiene, entonces? Que sabe componerse la cabeza.

—Esas son paradojas.

—Te engañas. Mírate en el espejo: tu cabeza es la de un hombre que hará conquistas; pues haz conquistas.

—¿Cómo?

—Eres guapo; exhibete. Hablas bien; hazte oír.

—¿Cómo?

—Alquila un salón y organiza conferencias.

—No tendré auditorio.

—Siempre le hay para los espectáculos gratis.

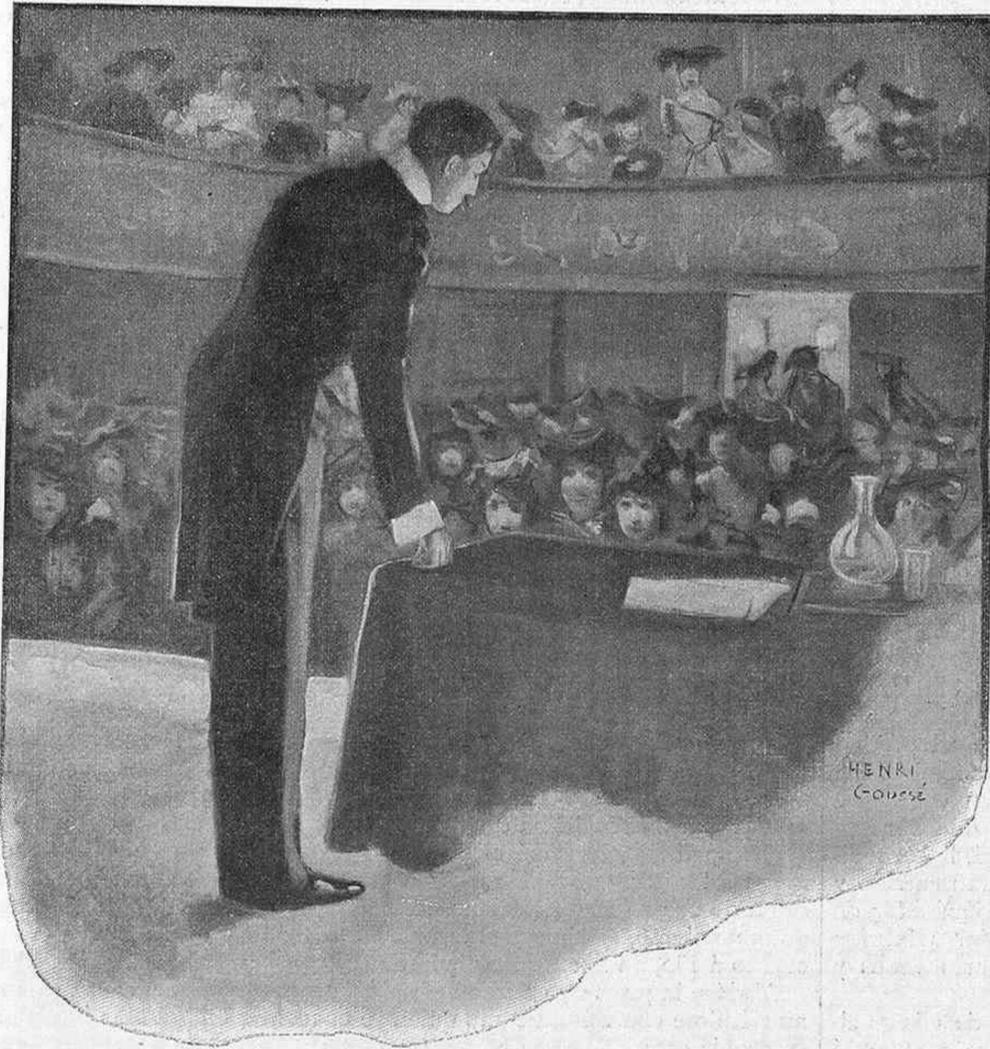
—¿Y qué auditorio?

—Mujeres.

—¿Jóvenes?

—Esas que se ha convenido en llamar mujeres de treinta años..., porque tienen cuarenta.

—La edad en que aman la poesía.



Entró Pedro Sorel y un murmullo simpático acogió su presencia

—Y sobre todo á los poetas.

—¿Y de qué trataré?

—De cualquier cosa.

—No me escucharán.

—Pero te mirarán.

—¿Y qué sacaré de esto?

—Conozco á un conferenciante que se casó con una viuda con tres millones; á otro que hizo lo mismo con una joven de quinientos mil; á un tercero que fué esposo de una divorciada...

—Pues bien, daré conferencias, dijo Pedro.

Y efectivamente, comunicó una serie de conferencias en la Potiniere con el título sugestivo de «*Five o'clock* poéticos», no omitiendo carteles, recomendaciones á los periódicos, servicio de prensa, ni nada que pudiera contribuir al buen éxito de las mismas.

El día anunciado, el salón estaba lleno, sobre todo de mujeres, elegantes, en su mayoría pertenecientes á esa clase de parisienses, jóvenes por su aspecto y por su traje, á las que echamos veinte años si las vemos por la calle, de espaldas; treinta si las encontramos en una visita y con el velo puesto; y cuarenta cuando las contemplamos en su casa á contraluz. Todas muy restauradas, con la tez del mismo rosa Dorin, con los labios del mismo encarnado, con los cabellos del mismo rubio de oxígeno; todas muy peripuestas por arriba, es decir, por la parte del busto que sobresale del respaldo de una butaca de orquesta, con sombreros de grandes penachos y cuellos de plumas, y en cambio, con faldas muy sencillas y casi feas.

Entre aquellas damas que habían acudido por no tener cosa mejor en que pasar el tiempo y por *snobismo*, veíanse algunas obreras ansiosas de instruirse y unas cuantas solteras que tratan de llenar con el arte y la poesía el vacío de su existencia.

Entró Pedro Sorel y un murmullo simpático acogió su presencia. Todas las miradas se fijaron en él y las oyentes que estaban en el fondo del salón lamentaron no haber llevado sus gemelos.

«Señoras, dijo Pedro comenzando su discurso; inauguro con cierto temor estos *five o'clock* poéticos.

La poesía se siente algo encogida, algo fuera de su centro en nuestra prosaica sociedad moderna. Se la tolera lo puramente indispensable, y se la escucha como á una abuela que fastidia un poco. Sin embar-

go, y es para mí una alegría al reconocerlo, todavía la aman algunas almas encantadoras, flores de ideal que sólo en el ideal pueden abrirse. Vosotras, señoras, sois de esas almas...»

Y así prosiguió en ese tono amanerado y adulador que agrada á las mujeres.

Mientras hablaba, paseaba su mirada por su auditorio. En primera fila vió á dos señoras que parecían pendientes de sus labios: la de más edad no era guapa, pero sí extravagante, con una mata de pelo de un rojo brillante coronada por dos alas de gasa azul; la otra, tal vez su hija, era muy joven y muy linda é iba vestida con discreta elegancia.

Por una especie de atracción invencible, que conocen todos los conferenciantes, Pedro miró á aquellas dos mujeres como si sólo para ellas fuese la conferencia.

Terminada la conferencia, Pedro vióse rodeado de un zumbante enjambre de admiradoras... Dirigió una frase amable á cada una y salió.

Delante de la puerta había un cupé al que se disponían á subir dos señoras, en quienes el poeta reconoció á sus dos elegantes oyentes. La de más edad se le acercó y con infinita amabilidad le dijo:

—Permítame, mi querido poeta, que dé á usted las gracias; oír recitar buenos versos es siempre un placer.

Pedro saludó inclinándose profundamente, y su mirada, que hasta entonces había tenido puesta en el lujoso coche, se fijó, llena todavía de admiración, en su interlocutora.

Esta creyó que la admiración era por ella, y sacando de su tarjetero una tarjeta de vitela, se la entregó al poeta diciéndole:

—Recibo todos los martes de cinco á siete. Espero que no lo olvidará usted.

—Señora, es usted muy amable...

El lacayo subió al pescante y el coche partió rápidamente.

Pedro leyó la tarjeta, en la que estaba impreso este nombre: «Sra. de Max Somange.»

¡Cómo! ¿Aquella dama era la viuda del pintor Somange? Max Somange era una personalidad muy conocida, uno de esos muchos artistas de nuestra época que se preocupan menos del arte que del éxito, de ese éxito ruidoso, de pacotilla, que permite embolsarse una cantidad importante. Había sido el primero en lanzar al mercado la ridiculez mística y simbólica, habiendo ganado con ello lo necesario para construirse un hotel en la avenida de Villiers. Por lo demás, era un buen sujeto, alegre, servicial, siempre dispuesto á ayudar con sus consejos y con su bolsa á los colegas desgraciados, y siempre con la mesa puesta para los amigos en su hotel, que más bien hubiera debido llamarse hospedería.

La casa de Somange habría tenido un aspecto sobradamente bohemio de no haber estado en ella su esposa: mujer ilustrada, muy artista, algo intrigante, de una actividad nerviosa, Gilberta de Somange atrajo á sus tertulias á los literatos conocidos y desconocidos y con un cierto matiz de pedantismo puso á raya el desorden y el abandono de su salón.

Protegía á los jóvenes, pues gustaba de hacer salir de la obscuridad á los talentos nuevos, por lo cual una bromista la había apodado «Incubadora artificial para genios precoces.» Mas sea como fuere, es lo cierto que gozaba fama de mujer superior é influyente, y como tal veíase muy solicitada por todos los que deseaban encumbrarse.

El pintor Somange había muerto hacía tres años, dejando una fortuna cuantiosa á su viuda, que le lloró correctamente, y cuando las circunstancias lo permitieron abrió de nuevo sus salones con tanto ó más esplendor que antes.

Ya en su casa, Pedro pensaba todavía en aquella personalidad tan conocida del todo París artístico y literario, y palpando el bolsillo en donde había metido la preciosa tarjeta, exclamó:

—¡Qué suerte!

* * *

La luz de las lámparas de columna, velada por blancas pantallas, desparramábase por el salón rozando las pálidas sedas de los muebles, arrancando destellos del oro de los cotinajes japoneses y acariciando la desnudez de los mármoles y de los bronceos. Las flores de Niza, que llenaban los jarrones, exhalaban ese perfume algo fuerte y embriagador que evoca el recuerdo de los países de sol. En una mesita colocada en un rincón, las lindas golosinas del *five o'clock* indicaban que la dueña de la casa esperaba visitas.

Perezosamente tendida en un sillón y un tanto enervada por el calor de la estancia, Gilberta se abandonaba á sus ensueños; no pensaba en nada concreto; por su mente sólo pasaban embriones de recuerdos ó de proyectos, hasta que surgió en ella una imagen más concreta. ¿Dónde había visto aquellos ojos azules de expresión dura? De pronto se acordó y su corazón latió con alguna violencia: el miércoles anterior, en la Potiniere, un joven poeta recitaba versos. ¿Cómo se llamaba? Pedro Sorel. Y sus labios repitieron con cierto placer aquel nombre. ¡Era guapo, en verdad, aquel joven! ¡Y cómo la había mirado! ¡Ah! ¡Bien conocía ella aquellas miradas que desean sin atreverse á pedir! Pero cada día escaseaban más para ella. La víspera de aquel miércoles memorable había encontrado en una reunión á uno de sus jóvenes de otro tiempo que de triunfo en triunfo había subido hasta el sillón académico. Lo recordaba tímido y débil, recitando con voz suave poesías como él adolescentes; y al volverle á ver con el cabello gris, grueso, con aires de papá, había tenido súbitamente la noción del tiempo transcurrido y había sentido como un estremecimiento avisador de la edad. ¿Iba á envejecer ella también? ¿Habrían cesado ya sus encantos? ¡Bah! ¡Temores vanos y pueriles, puesto que ayer!..

Acercóse al gran espejo que delante de ella se alzaba, y de pie, con los brazos caídos, se contempló seriamente. Su vestido negro, liso y muy ajustado, alargaba su cuerpo dándole una delgadez casi diáfana; y aquella inverosímil delgadez era la causa de su originalidad y de sus triunfos en aquel pequeño cenáculo decadente en donde todo lo que es sano y racional sólo provocaba desprecio. Durante mucho tiempo había servido de modelo á su marido, vestida con telas extraordinarias, y habíase visto expuesta en el Salón del Campo de Marte con títulos resumbantes, como *Voz de ultratumba*, *El último suspiro*, etcétera. Por esto, para conservar aquella esbeltez tenía consigo misma todos los rigores del jockey más celoso de su reputación: alimentación especial y en cantidad mínima, largos paseos á pie, hidroterapia en todas las estaciones del año; y gracias á este régimen había conservado la maravillosa flexibilidad que de niña la hacía muy apta para ejercicios clownescos. Algo clownesco era también aquel tinte de cabellos, de un rojo brillante, que muchos creían artificial. No era guapa; sus ojos eran pequeños y sin brillo que les prestara siquiera una seducción nacida del alma; su rostro estaba marchito y su osamenta defectuosa aparecía cubierta por una piel seca cuyos defectos acentuaban en vez de disminuirlos los innumerables retoques á que se veía sometida. Envejecía; no había que hacerse ilusiones, y se acercaba el instante en que sería preciso renunciar á la vida pasional.

Gilberta volvió á repetir á media voz: «¡Pedro!» Y luego miró á su alrededor, turbada al escuchar un ligero ruido.

—¿Todavía no ha venido nadie, tía?

Y diciendo esto entró en la sala una joven linda, esbelta, con toda la frescura de los diez y ocho años. Era un encanto de juventud, de gracia, de alegría; y sin embargo, algunos signos—esos rubores bruscos bajo la transparencia del cutis, ese no sé qué de profundo en la mirada, esa expresión seria de la boca y esos ademanes un tanto nerviosos—revelaban una mujer impresionable y apasionada.

Llevaba en la mano un abultado cuaderno de música.

—Tía, ¿puedo tocar?

—Ya lo creo. ¿Qué partitura es esa?

—*La Damnation du Faust*. Ardía en deseos de tenerla y el Sr. Somange me la ha regalado.

—Enrique te mimas demasiado. Con el pretexto de que eres la sobrina de su cuñada, se atribuye derechos de tío.

—Bien quisiera yo llamarle tío, dijo Flo ingenuamente; pero creo que este nombre le desagrade.

—Mi cuñado, replicó la Sra. Somange sonriendo maliciosamente, no aparenta los años que tiene y no le gusta que le recuerden su edad. Y de esto no te acuerdas nunca, Flo.

Al pronunciar este diminutivo de Florianita, la voz de la Sra. Somange, por lo general un poco seca, tomaba una inflexión acariciadora.

No teniendo hijos, había recogido á esa hija de su hermana á quien una epidemia de cólera había dejado huérfana. Al principio, la instrucción de una niña en su existencia mundana no había sido más que una molestia; poco á propósito para las solicitudes de la educación maternal, habíala confiado á una institutriz y no se ocupaba para nada de ella. Pero desde que Flo llegó á la adolescencia, habíase despertado un afecto súbito en el caprichoso corazón de Gilberta, quien la hacía vestir por el modisto de moda, la llevaba consigo á todas partes, la mimaba y daba bailes en honor suyo.

¡Cuán seductora era Flo! El aire viciado que respiraba en aquel ambiente de elegante perversidad, no había hecho mella en la frescura de su alma; era una niña con ignoradas ternuras de mujer.

Habíase sentado al piano y tenía abierta la partitura; su movable rostro reflejaba en aquel momento mayor gravedad que de costumbre; algo ardiente y misterioso surgía por encima de su risueño abandono.

Tocó algunos compases; luego se acercó á la ventana, y apoyando la frente sobre el cristal, miró á la calle. Su alegría de momentos antes se había desvanecido; parecía distraída y nerviosa.

Durante un rato, nada se dijeron las dos mujeres. De pronto, la Sra. Somange, formulando en alta voz su preocupación íntima, murmuró:

—¿Vendrá?

Y Flo, como si su pensamiento hubiese seguido el mismo curso que el de su tía, respondió:

—¿Y por qué no había de venir?

En aquel instante sonó el timbre, haciendo estremecer á las dos, que tenían los nervios en tensión á causa de una misma impaciencia. Gilberta, con rápido movimiento, se ahuecó el encrespado cabello; en cuanto á Flo, un ligero rubor coloreó sus mejillas.

Abrióse la puerta y entró en el salón un hombre, moviéndose con soltura como quien se encuentra en su propia casa.

—¡Calle! ¿Es usted, Enrique?, dijo la Sra. Somange con acento de contrariedad.

—Buenos días, Gil, ¿cómo está usted?

Y viendo á Flo junto á la ventana, acercóse á ella, y besándole la mano, le dijo:

—Perdone usted que no la haya saludado, Flo.

De mediana estatura, esbélto y nervioso, con el aspecto de un joven, aunque sus cabellos castaños pareciesen ligeramente empolvados en algunos sitios, Enrique Somange tenía una mirada penetrante que á veces se dulcificaba hasta convertirse en infinitamente tierna, la frente surcada por pequeñas líneas desiguales cuando su entrecejo se fruncía y la boca irónica. Parecíase vagamente al retrato de su hermano mayor, el pintor Somange, que estaba colgado en la pared enfrente de él.

Después de haber examinado durante un segundo á Gilberta y á Flo, dijo en tono burlón:

—Apuesto á que no era á mí á quien esperaban ustedes.

—¿Pues á quién?, preguntó Gilberta.

—A un joven.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Caramba! Porque en casa de usted no se ve otra cosa.

—Detesta usted el arte, replicó Gilberta con cierta acritud.

—A los artistas, dijo rectificando á su cuñada.

Y añadió irónicamente:

—¿A qué sección pertenece ese joven? ¿Pintura, escultura ó literatura?

—Es un poeta á quien oímos el otro día, Pedro Sorel, contestó Gilberta con sequedad.

—¡Una futura gloria!

—¿Por qué se burla usted siempre?

—Porque desconfío de los jóvenes. París está lleno de esos intrigantuelos que tomando como pretexto la poesía, se introducen en los salones literarios para buscar un enlace fructuoso con una admiradora que se halle en el ocaso de la vida; con alguna neurótica ávida de sensaciones nuevas. ¡Les conozco, vaya si les conozco á esos jóvenes poetas!

—Pero los hay que tienen talento, replicó Gilberta picada.

—¡Oh! ¡Talento! ¡Vaya una poesía hermosa la

suya! Simbólica, decadente, morbosa, sofisticada como el vino, como el café, como el chocolate...

—¡Droguero!, exclamó Gilberta, como si con esta palabra quisiera insultarle.

Enrique, sin inmutarse, prosiguió diciendo:

—¡Me admira que esos trovadores llorones, esos poetas de galvanoplastia que para nada sirven encuentren todavía un sitio en el corazón de las mujeres!

Sonó de nuevo el timbre cortando la réplica de Gilberta.

No era Pedro Sorel, sino una de las buenas amigas de la Sra. Somange, una mujer bajita, pintarrajeada y muy compuesta, coqueta y murmuradora. Después de ella llegaron otras, todas con el cabello castaño alisado sobre las sienes, según la moda de aquella temporada, de palabra suelta y estridente risa. Eran mujeres que no pueden ser mujeres superiores y que no quieren ser simplemente mujeres; de esas pseudo-independientes que dependen de sus mil caprichos; que van de una exposición á una conferencia, de un teatro á una tertulia; que se entregan al misticismo, al budismo, al satanismo, al ocultismo, á todas las pequeñas religiones cuyos sumos sacerdotes son amigos suyos; que se hacen ibsenianas, wagnerianas, prerrafaelistas según las circunstancias de momento; brújulas alocadas, engendros de la neurosis moderna, que ensayan todas las religiones y todas las artes sin conseguir ser creyentes ni sabias.

Llegaron también algunos hombres: un pintor, miembro del Instituto, con el pelo cortado á modo de cepillo, con cuello de camisa alto y rígido, parco en palabras y decorativo; unos cuantos artistas en agraz, con la corbata descuidadamente anudada, sueltos de movimientos y de lenguaje, y por último un grupo de jóvenes poetas, de rostro inmóvil y fúnebre.

Una de las señoras jóvenes, mujer rechoncha y alegre, inclinóse hacia su vecina y le dijo:

—¡Ah, querida! ¡Esos poetas! Me dan ganas de santiguarme; diríase que está pasando un entierro.

Toda aquella gente se puso á charlar y muy pronto hubo en el salón un ruido ensordecedor de voces, de carcajadas, que ahogó el que producían el choque de las cucharitas y el ligero roce de las tazas con los platillos.

Enrique, algo apartado de los contertulios, escuchaba sin tomar parte en las conversaciones.

Más intelectual y más refinado que su hermano, no tenía el optimismo fácil que proporcionan una buena digestión y un egoísmo satisfecho. No juzgaba favorablemente á la humanidad porque la había mirado desde demasiado cerca, y no encontraba clemente la vida porque había conocido sus sufrimientos. Cruelmente herido por una decepción amorosa, ocultaba aquel recuerdo con pudor de alma, pues no quería prostituir sus padecimientos íntimos divulgándolos; aquel dolor intenso no le había dejado amargura alguna y sí únicamente una dulce ironía, un escepticismo risueño y divertido. La gente le creía alegre y lo era, en efecto, pero de una alegría de filósofo amasada con muchas tristezas. Su fortuna modesta, bien que suficiente, le permitía una vida tranquila, de solterón; leía mucho, frecuentaba la sociedad, más como observador que como aficionado, y asistía á los conciertos, á las exposiciones y á todas las distracciones intelectuales.

Gilberta estimaba á Enrique por sus cualidades superficiales, por su ingenio cáustico y por su originalidad refractaria á toda influencia nueva, y le decía á menudo:

—Amigo mío, es usted anticuado y sin embargo no está pasado de moda. ¿Cómo se compagina esto?

Por ejemplo, los dos cuñados se disputaban sobre una cosa, y era sobre la opinión de Enrique acerca de los artistas, á quienes execraba por sus ridiculeces y por sus mezquindades, que había podido estudiar del natural en el salón de la señora Somange.

Por esta misma razón aquel día, al cabo de una hora de presenciar un espectáculo que tantas veces había contemplado, sintió un profundo fastidio y se dirigió hacia la puerta.

Disponíase á salir cuando vió á Flo, sentada en un rincón, con la cabeza apoyada en la mano, en aquella actitud graciosamente pensativa que con frecuencia adoptaba.

—Y bien, Flo, ¿qué me cuenta usted?

La joven alzó hasta él sus grandes ojos azules.

—¡Oh!, respondió. No me atrevo á decir nada.

¡Son tan inteligentes todas esas señoras!

—¿Lo cree usted así?, replicó Enrique sonriendo con expresión escéptica.

Y viendo que Flo le miraba atónita, añadió emocionado:

—Pues créame á mí, no trate usted de parecerse

á ellas. Sea usted siempre lo que es, sencilla, leal, dulce.

Y cogiéndole la mano, se la besó y se fué.

La Sra. Somange no había observado esta escena. Distraída y aguzando el oído, á cada minuto se acercaba á la puerta, echaba una mirada, y contrariada volvía á reunirse con los grupos de sus contertulios.

Al fin, á cosa de las seis, entró Pedro Sorel. Gilberta salió á su encuentro y tendiéndole las manos le dijo:

—Buenas tardes, mi querido poeta, agradezco en el alma su visita.

Y graciosamente acaparadora, se lo llevó á un ángulo del salón.

Pedro se dejó llevar, mostrándose frío y digno en apariencia. Estaba íntimamente persuadido de que el hombre se impone á la inteligencia de la gente con un signo exterior característico, con una actitud invariable; y la actitud que había adoptado era la impasibilidad, que añadía á su tipo una cierta grandeza, y le hacía á la vez atrayente y temible como todo lo que no se deja escudriñar, y en una palabra le daba en vida el aspecto de una medalla. Aunque su mirada concupiscente se fijó en todas las elegancias de aquel salón; aunque interiormente sentía una satisfacción intensa descansando su cuerpo, helado por el frío de fuera, en el grato calorillo de una butaca, y aunque su vanidad retozaba de alegría al ver comprobada la admiración sincera de aquella mujer rica y conocida, permanecía tan impasible como esos gigantes Budas que con las manos apoyadas en el vientre duermen en los templos indios.

Gilberta, grave y con ademanes de hermana mayor, le interrogó sobre sus trabajos, sobre su estética, sobre sus ensueños, escuchándole con verdadero recogimiento. Pedro abandonó poco á poco su actitud estudiada, redondeó sus frases y se entretuvo en infinidad de detalles, entregado por completo al placer de hablar de sí mismo, nada más que de sí mismo.

Asombrábase la gente algunas veces del extraordinario imperio que Gilberta había sabido adquirir sobre tantos hombres superiores; pues bien, todo su secreto consistía en la facultad de crearse *ex-abrupto* un alma nueva, un alma hermana del alma interlocutora, logrando esto sin cálculo, por una notable flexibilidad que la hacía igualmente apta para todas las artes.

No siendo bonita, había comprendido que su medio de admiración más seguro era su inteligencia, y á ella recurría desde luego, sabiendo después, con exquisito tacto, hacer que este trato puramente intelectual se transformara insensiblemente en otro menos platónico.

—Querido poeta, recíteme usted algo, dijo con ademán suplicante.

Pedro, sin hacerse rogar, colocóse delante de la chimenea y recitó *Llantos de alma*. Las mujeres aplaudieron; los hombres permanecieron fríos, y el grupo de poetas siguió discutiendo sus teorías en alta voz.

—¡Señor Sorel!

Volvióse el poeta y se encontró con Flo que le ofrecía una taza de te, con ademán tímidamente gracioso; tenía la cabeza inclinada y el rayo de luz que acariciaba sus cabellos los hacía brillar como hilos de oro.

Pedro, con la taza en la mano, la contemplaba con admiración. De pronto le preguntó:

—Señorita, ¿es usted artista como su señora tía?

Era la primera vez que le dirigía la palabra.

—¡Oh, no!, respondió la joven con voz temblona.

—¿Le gusta á usted la poesía?, siguió preguntándole Pedro.

—Me gusta la de usted, contestó Flo impulsivamente.

Y al levantar la joven la cabeza con aparente naturalidad, el poeta vió en sus mejillas pálidas dos manchas de color de rosa.

En aquel momento acercóse á ellos la Sra. Somange, cuya frente surcaba una arruga, y con voz irritada exclamó:

—¡Flo, Flo! Ofrece pastas á esos caballeros.

Mientras la muchacha se alejaba, Pedro dijo á Gilberta.

—Es encantadora su sobrina.

—Es usted muy amable, replicó Gilberta secamente volviéndole la espalda.

delirante. Allí recibía Gilberta á sus amigas, tomaba el te, estudiaba sus papeles para las comedias de salón y para la vida real, rezaba místicamente, soñaba como pagana, fumaba, flirteaba y aun algunas veces pintaba.

Había comenzado hacia poco el retrato de Flo: en un caballete, la tela abocetada enseñaba á los que pudieran ignorarlo cómo se ejecuta una mala pintura. En el suelo, una paleta impresionista parecía lanzar un castillo de fuegos artificiales delante de una colección numerosa de pinceles, colocados verticalmente á modo de centinelas.

La Sra. Somange púsose á trabajar, y mientras pintaba examinaba á la joven, no con la admiración de los otros días, sino con mal reprimida malevolencia. En realidad de verdad, Flo era muy bonita, fresca, sonriente, con una cabeza elegante que se doblaba al peso de una gran mata de cabellos rubios, y una mirada dulce y límpida y como envuelta en una aureola de gracia.

Un movimiento de despecho crispó la frente de Gilberta: no, no tenía ella la abnegación que hasta las mujeres como ella son capaces de sentir por sus hijos; su maternidad incompleta desaparecía ante sus despertados celos. Por vez primera vió en su sobrina á la mujer más joven, más hermosa, de una seducción más segura, y se irritó.

Flo, al ver la inactividad de su tía, le preguntó:

—¿No pinta usted más? ¿Está usted cansada?

—Qué, ¿tienes muchas ganas de ver terminado tu retrato? Te lo regalaré cuando te cases.

Flo se ruborizó ligeramente.

La Sra. Somange, escudriñándola con su mirada, añadió:

—Tienes diez y ocho años y á tu edad todas las muchachas tienen ganas de casarse. ¿Las tienes tú también?

—¡Por Dios, tía! Sí, deseo casarme, pero no en seguida... ¡Oh, no! ¡Soy tan dichosa, tan dichosa con usted!

La Sra. Somange sintió en el fondo de su conciencia estremercse algo como un remordimiento.

—¿De veras, hija mía, eres tan dichosa como dices?

—¡Oh, sí, tía!, repuso Flo levantándose y apoyando cariñosamente su cabeza sobre el

hombro de Gilberta. ¡Es usted tan buena conmigo! ¿Dónde encontraré un esposo que me mime más?

La Sra. Somange se apartó suavemente, algo turbada por aquellas expansiones, en el instante en que se deslizaba en su alma un sentimiento de enemistad.

—Sin embargo, dijo clavando su mirada en el fondo de los ojos de su sobrina, si Pedro Sorel te amase, ¿te casarías con él?

Un vivo rubor tiñó el semblante de Flo que guardó silencio.

La Sra. Somange, en un acceso de celos, exclamó con voz dura:

—¡Le amas!

La joven había enlazado con sus brazos el cuello de Gilberta.

—¡Oh, querida tía! ¡Es tan encantador y sus versos son tan bonitos! Estoy segura de que también usted le amaría.

Ante la ingenuidad de esta observación, la señora Somange se sonrió silenciosa é irónicamente.

Agitada, con los nervios excitados y sin acertar á descifrar bien sus sensaciones complejas, dijo á Flo:

—Hoy no pinto más. Necesito reflexionar. Déjame, hija mía.

—¿No me besa usted?

Gilberta posó sus labios en la frente virginal, y en aquel beso sintió fundirse sus celos.

No era posible la duda; Flo amaba á Pedro. El poeta hechizador había conquistado sin ningún trabajo aquel corazoncito novelesco; era, pues, preciso que la Sra. Somange sacrificase su capricho para hacer la felicidad de aquella niña.

(Continuará)



Toda aquella gente se puso á charlar

Aquella noche la Sra. Somange durmió muy mal, y al día siguiente se despertó muy tarde y vagamente descontenta. Recostóse en sus almohadones y buscó entre las brumas de sus recuerdos la causa de la contrariedad que experimentaba. ¡Ah, sí, ya recordaba!.. La visita de Pedro Sorel... ¡Cómo! ¡Habíase ella dignado distinguir á aquel desconocido, abrirle de par en par las puertas de su salón, y él, por todo agradecimiento sólo se ocupaba de Flo! La amargura de su decepción le hizo comprender la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Repentinamente habíase sentido atraída hacia Pedro por uno de esos caprichos súbitos que se apoderan de las mujeres de aquella edad y de aquel temperamento, y su naciente amor se irritaba ante la presencia de un obstáculo inesperado. En la Potiniere, había creído conquistarlo por entero; ¿á que obedecía, pues, ese cambio en la admiración que suponía haber inspirado al poeta?

Y malhumorada, descorazonada dirigióse á su taller.

Igualmente bien organizada para todas las artes, pero demasiado inconstante para dedicarse á uno solo, los cultivaba sucesivamente, á sacudidas, con una fiebre de laboriosidad que muy pronto se calmaba.

En una de sus fases pictóricas se había hecho instalar un taller, entre cuyas cuatro paredes se hallaba contenida toda la extravagancia desenfadada de un cerebro femenino. Había allí embriones de templo griego, de baños romanos, de café turco, de tocador Luis XV, de cabaña lapona, de dormitorio merovingio: un mobiliario heterogéneo en una arquitectura

La curación de la tuberculosis al aire libre, por un ex tísico

Hace cincuenta años, la idea de someter á los enfermos de tisis á todos los cambios de un clima duro teniéndolos al aire libre, se hubiera tenido por poco menos que una tentativa de asesinato. Sin embargo, los resultados obtenidos en los últimos años, durante los que se ha extendido y progresado la aplicación práctica de los principios de los sanatorios, demuestran lo razonable y valioso que es ese tratamiento.

Es cosa admitida por lo general, hasta en los sanatorios, que la medicina no conoce ningún tratamiento específico que oponer al azote que ha llegado á ser conocido con el nombre de *la muerte blanca*. Como cuestión de hecho, la tisis continúa siendo hoy tan rebelde y tenaz contra las medicinas comunes como hace cincuenta ó cien años.

¿Cuáles son los fines que los sanatorios se proponen? Los más importantes son que el paciente quede sometido directamente á la observación de un médico; que disfrute del máximo de aire puro, con el mínimo de molestias; que reciba una alimentación nutritiva, sujeta á los más estrictos preceptos de la ciencia, y por último, que se entregue á una serie de ejercicios perfectamente graduados, entre los que figure la ascensión de montañas cuando ya está muy adelantada la curación.

Y será bueno hacer constar aquí que la práctica de ahitar á los enfermos de alimentos ha sido desechada, por lo general, en los mejores sanatorios ingleses. Tres grandes vasos de leche, uno á cada comida, y un cuarto de libra de manteca durante el

ello ha de meterse en cama, á fin de ser sometido al reconocimiento preliminar; al verificarse éste, el médico le manifiesta que tendrá que estar algún tiempo en cama, puesto que en este período se determina la

che las persianas de que todas las ventanas están provistas.

Los catarros son desconocidos en los sanatorios, á no ser que los traigan del exterior. En ninguna habitación hay cortinajes y los rincones tienen una forma redondeada á fin de que en ellos no puedan alojarse los microbios.

El día después de la llegada, el médico principal reconoce minuciosamente el pecho, apuntando en una libreta el resultado de sus observaciones, lo que se repite una vez al mes ó con más frecuencia si fuera necesario. De este modo, comparando las varias apuntaciones hechas, puede el médico, con una ojeada, enterarse de los adelantos conseguidos. Luego le explica el uso de un receptáculo que hay sobre la mesa de noche destinado á recibir la expectoración, y le enseña á tomarse la temperatura, lo que se practica cuatro veces al día, anotándose en unas hojas especiales,

en las que también se escribe el peso una vez por semana, el pulso, la respiración y todas las demás funciones diarias del cuerpo. Examinando esos datos es como se puede luego regular para cada caso la alimentación, descanso ó ejercicio necesarios. Después del reconocimiento de los pulmones viene otro tan minucioso de la sangre, para lo cual se le extrae sin dolor al enfermo una gota del lóbulo de la oreja, repitiéndose esta operación todos los meses á fin de hacer las oportunas comparaciones.

El médico patólogo está también encargado del examen microscópico de los esputos, que efectúa en su laboratorio; operación esta muy delicada, porque en su estado natural el microbio, por su trasparen-

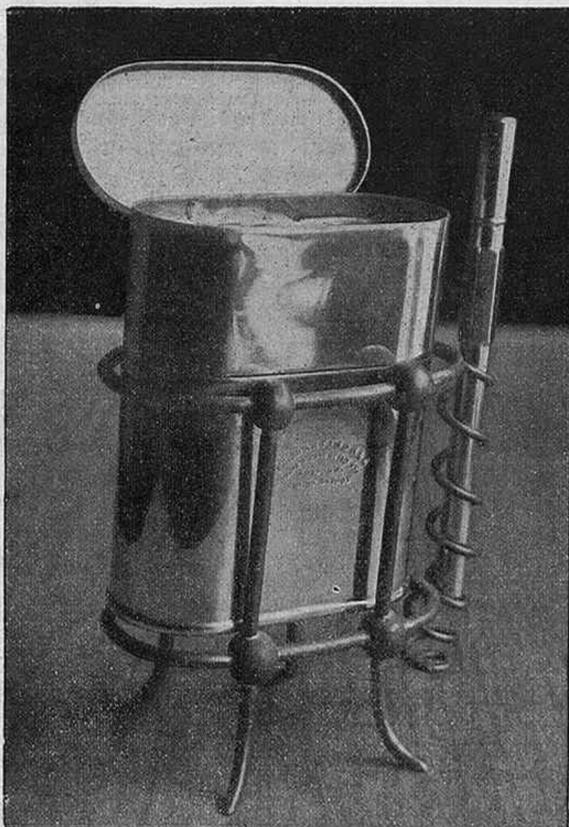


El sanatorio modelo para tuberculosos de Nodrach-on-Dee (Escocia)

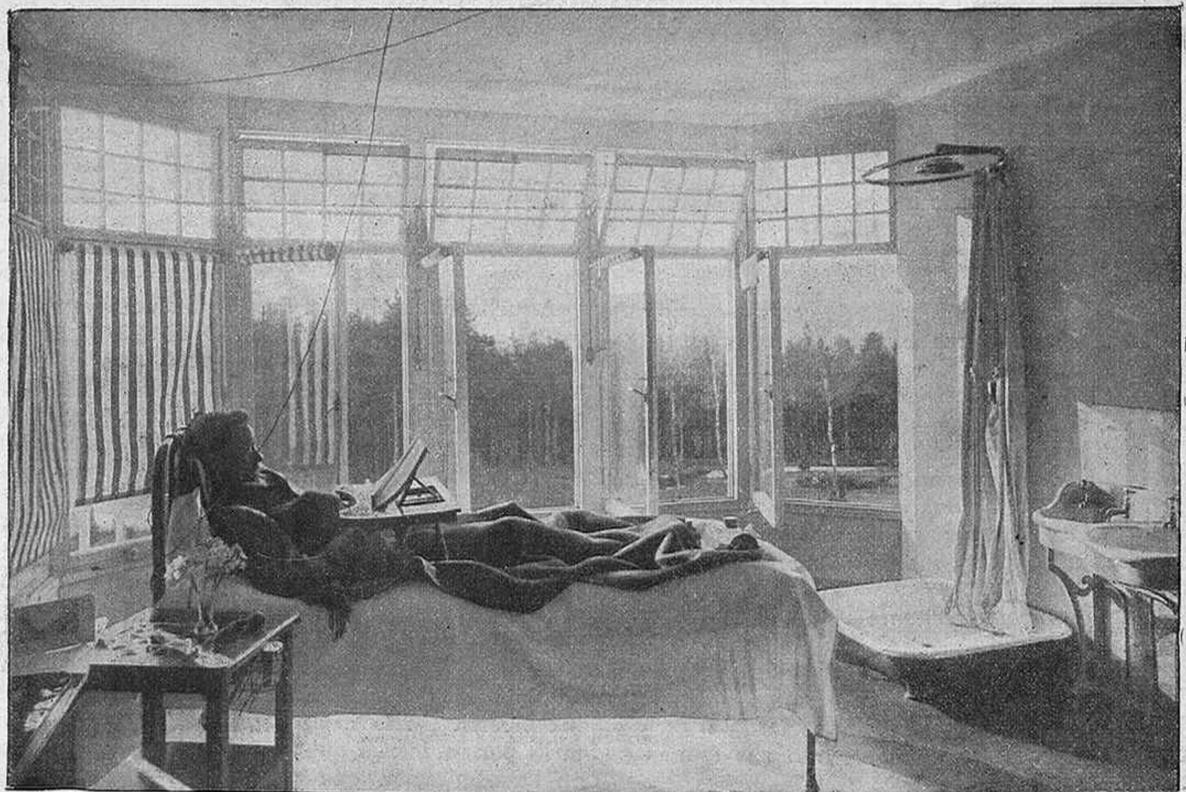
clase de tratamiento que ha de observarse durante el curso de la enfermedad.

El tiempo que en ella ha de estar varía desde tres días á tres meses, ó más, según los síntomas físicos del pecho y la condición del cuerpo; el punto más importante es la temperatura, y hasta que ésta vuelva á ser la normal, ó muy aproximada á ella, no se permite por lo general ningún ejercicio ni fatiga.

El cuarto destinado al enfermo no es grande. Las ventanas, que se abren hacia adentro, ocupan las dos terceras partes de los muros y están dispuestas de tal modo que permitan entrar el máximo de sol y aire. Estas ventanas se abren á la llegada del paciente y no vuelven á cerrarse, excepto en el momento de



Receptáculo para los esputos y termómetro



Un dormitorio: las ventanas permanecen siempre abiertas

día, es el máximo de alimentación extraordinaria que han de consumir, además de la ordinaria propia de una persona sana. Los domingos, por regla general, se deja al enfermo en libertad de comer más ó menos, según le parezca.

En el sanatorio en donde estuve en curación, el enfermo es recibido casi á la misma puerta de la calle por una matrona, la cual le confía á los cariñosos cuidados de la enfermera que ha de asistirle durante su permanencia en el establecimiento. Esta enfermera le enseña su dormitorio y le dice que á los pocos momentos vendrá el médico á visitarle y que para

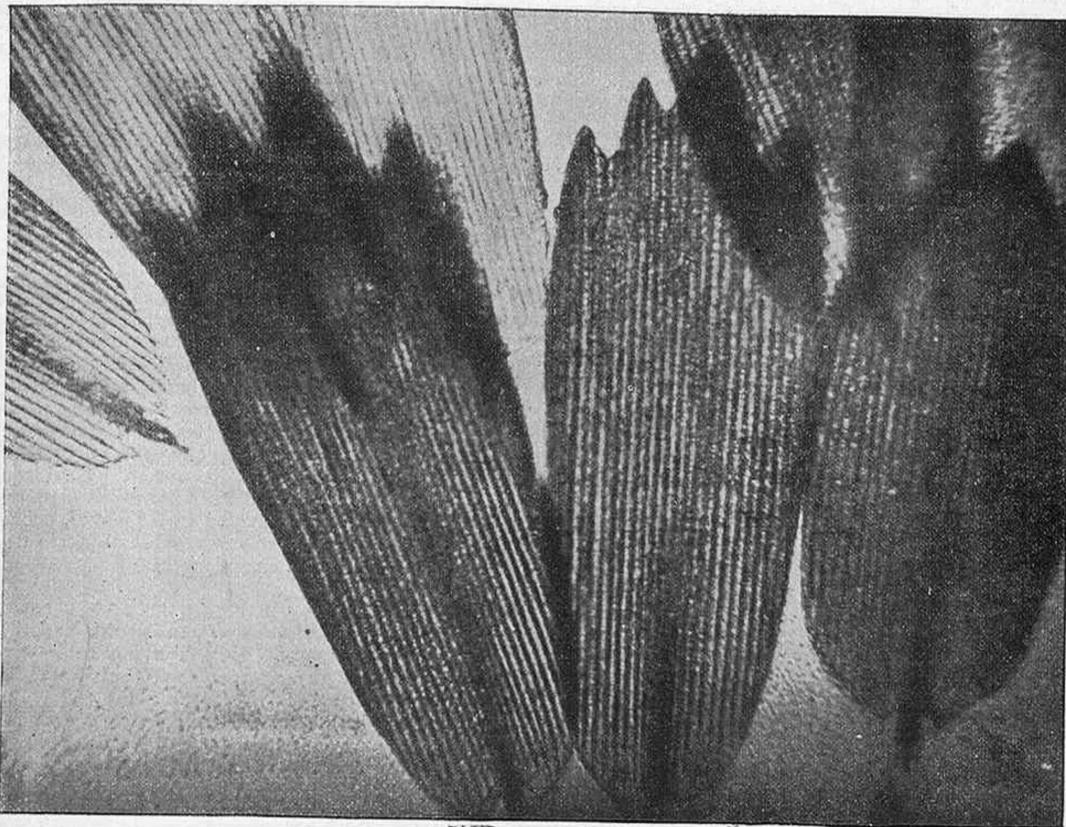
vestirse ó desnudarse, hasta su marcha. A veces, en el invierno, en noches tempestuosas, penetran la nieve y el agua hasta la cama del enfermo sin ocasionarle ningún perjuicio; la única precaución que se toma es la de echar otra manta más sobre la colcha. Otras veces también, después de una noche de lluvia y viento, amanece el paciente rodeado de una inundación, sin poder moverse de la cama, hasta que, por la mañana, se presenta la criada con cubos y esponjas. Este tratamiento espartano no es, sin embargo, completamente indispensable, y las enfermeras, si se les dice, cierran á cualquier hora del día ó de la no-

cia y lo infinitamente pequeño de su tamaño, es invisible, aun mirándolo á través de un microscopio que aumenta hasta 800 diámetros. Para hacerse cargo de lo pequeño del microbio, basta mirar los grabados de la página siguiente, en que está comparado con el polvillo de las alas de una mosca.

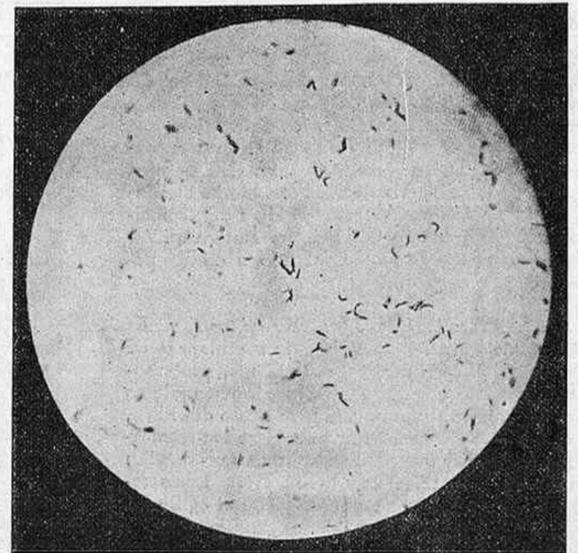
La garganta, que con frecuencia se halla atacada de la tuberculosis, es luego examinada en una habitación especial. Una complicación de la garganta es siempre un factor pésimo en los casos de consunción, pues es muy difícil curarla si tiene algún tiempo de existencia.

Luego el dentista del establecimiento examina con cuidado la dentadura, pues una buena masticación san, y si el enfermo deja algo de ellas, se pesan los restos y se anota el resultado. De esta manera puede

tuberculosos. Por esta razón, después del primer paseo, que es sólo de unas 200 varas, por la galería, se les pone el termómetro. Se les hace acostar y al cabo de una hora de descanso se les vuelve a poner. Si después de ese descanso no ha bajado á la normal ó poco menos, es prueba de que el enfermo aún no está en buenas condiciones para el ejercicio y se le manda permanecer otra vez en cama. En el caso contrario, se continúa el ejercicio, que va aumentando cada día, hasta llegar á andar 35 millas en doce horas. A



Polvo desprendido de las alas de una mariposa, aumentado 500 veces



El bacilo de la tuberculosis, aumentado 500 veces. Comparando este grabado con el anterior se ve la infinita pequeñez de este bacilo.

es necesaria para una buena asimilación, y por último, se somete al paciente á los rayos Roentgen, lo que ayuda mucho al diagnóstico de la tisis.

Durante el tiempo que ha de permanecer en cama, la enfermera se ocupa de la alimentación. En caso de existir alguna complicación estomacal ó de otra clase, se observa un régimen muy complicado. Porque en esos casos se recurre al laboratorio químico para que el médico pueda determinar, no sólo la cantidad de alimento, sino también la parte proporcional en que han de entrar los diversos ingredientes que lo componen, para que resulte lo más provechoso posible al enfermo. Todas las raciones se pe-

el médico enterarse, día por día, de la cantidad de alimentos que cada enfermo ha comido.

Conseguido el objeto que se propone la permanencia en cama, es decir, que la temperatura sea á poca diferencia la normal y que haya disminuído algo la fuerza del mal, si no hay ninguna complicación que lo impida se pasa á la segunda etapa del método curativo, á la del ejercicio. Se principia, como en todo, por poco, formando parte de un tratamiento determinado de antemano, en el que la temperatura entra como principal factor. El ejercicio, como es sabido, aumenta la temperatura; el descanso, en una persona sana, la baja á la normal; pero no sucede así con los

medida que el ejercicio aumenta, aumentan también proporcionalmente la salud y las fuerzas. Algunas veces sobreviene un retroceso, pero esto es lo excepcional.

En la actualidad puede asegurarse que si el enfermo resiste ese aumento gradual de ejercicio sin novedad unos cuantos meses, su cura completa y definitiva está asegurada. Mucho depende también del medio ambiente. Los paisajes hermosos, el aire fresco de las montañas, impregnado, á ser posible, del olor de los pinos, y sobre todo la tranquilidad de espíritu, son auxiliares poderosísimos para conseguir la salud completa.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. *Exigir la Firma WLINSI.*
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BÓTICAS Y DROGUERÍAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APÍOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

CURACION cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
 CLIN y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

FRANCO 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOGES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES etc.

EDICION ILUSTRADA

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

MONTANER Y SIMÓN EDITORES

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. — Se ha publicado este popular almanaque, que contiene artículos, cuentos, poesías, epigramas, reproducciones de cuadros, dibujos originales, caricaturas, historietas, etc., firmados por reputados literatos y artistas. Forma un tomo de 198 páginas de amena lectura é ilustrado con mucho gusto, y se vende á una peseta.

BAGATELAS, por *Vital Aza*. — He aquí un libro cuya lectura produce verdadero deleite. La gracia, la finalidad, la culta y delicada sátira y la fluidez son las cualidades características del celebrado escritor, que campean en esta colección de poesías que el editor Juan Gili publica por segunda vez, embellecidas con bonitas y adecuadas ilustraciones, debidas al lápiz del conocido pintor Baldomero Gili y Roig. Forma un volumen de 19 x 9 y se vende al precio de dos pesetas cada ejemplar.

¡CALABAZAS!, por *Don Hermógenes y El Maestro Ciruela*. — Colección de semblanzas de politiquillos, escribidores, criticastros, pintamonas, cacharrerros, murguistas, histriones, maletas y otras notabilidades: así dice el título del libro, y ocioso nos parece añadir que entre los retratados figuran las personalidades que más brillan en España en literatura y bellas artes. Las semblanzas están hechas en verso y con el estilo jocoso y á veces cáustico que es propio de esta clase de composiciones. El libro, editado en Madrid, forma parte de la Biblioteca de Papel de Estraza y se vende á dos pesetas.

EUCARISTIQUE, por *Jacinto Verdaguer*. — Como obra póstuma del eminente vate, gloria de las letras catalanas, ha publicado la tipografía de L' Avenç un hermoso volumen que contiene un acopio de notables composiciones, en las que se reflejan de modo admirable los sentimientos que anidaban en aquel virtuoso sacerdote y esclarecido poeta, que sólo alentaba por sus firmísimas creencias y por los ideales de su patria querida. Figura asimismo en el libro la versión en lengua francesa, cuidadosamente llevada á cabo por Agustín Vasal, así como un bien escrito prólogo de Pedro Palau y una carta de Monseñor Carselade, obispo de Perpignan. Véndese en todas las librerías al precio de 5 pesetas cada ejemplar.



Carga agradable, cuadro de † Andrés Solá y Vidal

L' INSTRUCCIÓ Y L' EDUCACIÓ BAIX EL PUNT DE VISTA SOCIAL, por *Pau Salvat Espasa*. — Tal es el tema de la notable conferencia dada por el distinguido arquitecto y presidente de la Sociedad de las Artes del Libro, que en forma de folleto ha publicado su autor, acompañada de la traducción castellana. En pocas páginas se condensan puntos de vista importantísimos, encaminados á demostrar que la instrucción ha de emplearse como medio, ya que la educación es el fin que debe perseguirse. Verdaderamente importante es el trabajo á que nos referimos, pues aparte de los antecedentes que contiene, figuran atinadísimas consideraciones, que demuestran el elevado concepto en que se ha inspirado el autor y los nobles propósitos que persigue.

EL CONSEJERO DE LAS FAMILIAS, por *Monseñor Sebastián Kneipp*. — El conocido editor Juan Gili acaba de publicar una nueva edición de esta obra interesantísima, que constituye un tratado completo y luminoso del arte de conservar la salud y de recuperarla por medio de los sencillos tratamientos preconizados por Monseñor Kneipp y á los que debe su universal renombre. El nuevo libro, que ha sido cuidadosamente traducido del alemán por el Dr. Collet y Gargui, forma un volumen en 8.º mayor, encuadernado en tela inglesa, y se vende al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar.

MAPA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA. — La casa S. Fábrega Grau de esta ciudad ha hecho editar para sus favorecedores un detallado mapa de la guerra hecho en colores. En él se insertan varios anuncios de productos químico-farmacéuticos á cuya fabricación se dedica la referida casa, la cual enviará gratis dicho mapa á quien lo pida á su nombre, Consejo de Ciento, 345.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, revista mensual ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *Revista Gráfica*, trimestral ilustrada; *La Medicina Científica*, revista mensual; *El Trabajo Nacional*, revista quincenal (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual; *La mujer en casa*, revista mensual; *Revista Católica*, publicación mensual; *Revista de Sanidad Civil*, decenal; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, publicación mensual; *La Medicina Valenciana*, revista mensual; *El Lucero*, revista semanal (Lima, Perú); *La Razón*, diario (Trujillo, Perú); *El Huallaga*, semanario (Huanuco, Perú); *El Tribuno*, diario (Belgrano, R. Argentina); *El Trabajo*, semanario (Popayán, Colombia).

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra



MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

R célebre purgativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

Dentición**JARABE DELABARRE**

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.